PÉREZ

ARRIBA
ESPAÑA

9390

Biblioteca Nacional de España

3
93902

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

¡ARRIBA ESPAÑA!

Biblioteca Nacional de España

93902

Biblioteca Nacional de España

R.689.672

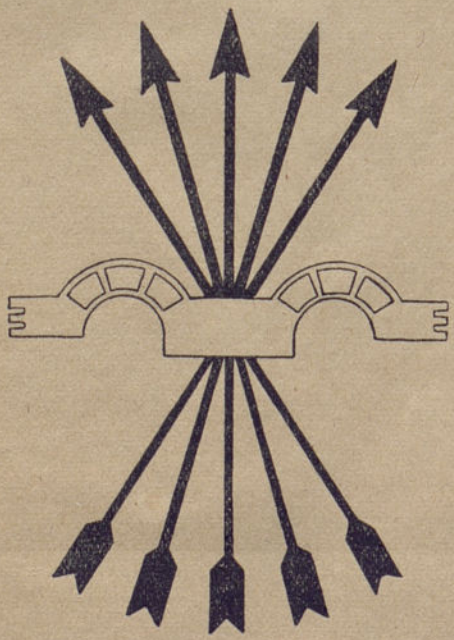
3
93902

J. Pérez de Cabo

¡ARRIBA ESPAÑA!

PRÓLOGO DE

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA



MADRID-1935

Biblioteca Nacional de España

Imp. Helénica.—Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.—Teléf. 18014.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

José Antonio Primo de Rivera

Jefe Nacional de F. E. de las J. O. N. S.

Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO

Que asistimos al final de una época es cosa que ya casi nadie, como no sea por miras interesadas, se atreve a negar. Ha sido una época, esta que ahora agoniza, corta y brillante: su nacimiento se puede señalar en la tercera década del siglo XVIII; su motor interno acaso se expresa con una palabra: el optimismo. El siglo XIX—desarrollado bajo las sombras tutelares de Smith y de Rousseau—creyó, en efecto, que dejando las cosas a sí mismas producirían los resultados mejores, en lo económico y en lo político. Se esperaba que el librecambio, la entrega de la Economía a su espontaneidad, determinaría un bienestar indefinidamente creciente. Y se suponía que el liberalismo político, esto es, la derogación de toda norma que no fuese aceptada por el libre consenso de los más, acarrearía insospechadas venturas. Al principio los hechos parecieron dar la razón a tales vaticinios: el siglo XIX conoció uno de los períodos más enérgicos, alegres e intere-

Biblioteca Nacional de España

santes de la Historia; pero esos períodos han sido conocidos, en esfera más reducida, por todos los que se han resuelto a derrochar una gran fortuna heredada. Para que el siglo XIX pudiera darse el gusto de «echar los pies por alto» fué preciso que siglos y siglos anteriores almacenasen reservas ingentes de disciplina, de abnegación y de orden. Acaso lo que se estima como la gloria del siglo XIX sea, por el contrario, la póstuma exaltación de aquellos siglos que menos se parecieron al XIX y sin los cuales el XIX no se hubiera podido dar el lujo de existir.

Lo cierto es que el brillo magnífico del liberalismo político y económico duró poco tiempo. En lo político, aquella irreverencia a toda norma fija, aquella proclamación de la libertad de crítica sin linderos, vino a parar en que, al cabo de unos años, el mundo no creía en nada; ni siquiera en el propio liberalismo que le había enseñado a no creer. Y en lo económico, el soñado progreso indefinido volvió un día, inesperadamente, la cabeza y mostró un rostro crispado por los horrores de la proletarización de las masas, del cierre de las fábricas, de las cosechas tiradas al mar, del paro forzoso, del hambre...

Así al siglo XX, sobre todo a partir de la guerra, se le llenó el alma del amargo estupor de los desengaños. Los ídolos, otra vez escayola en las hornacinas, no le inspiraban fe ni respeto. Y por otra parte ¡es tan difí-

Biblioteca Nacional de España

cil, cuando ya se ha perdido la ingenuidad, volver a creer en Dios!

* * *

He aquí la tarea de nuestro tiempo: devolver a los hombres los sabores antiguos de la norma y del pan. Hacerles ver que la norma es mejor que el desenfreno; que hasta para desenfrenarse alguna vez hay que estar seguro de que es posible la vuelta a un asidero fijo. Y, por otra parte, en lo económico, volver a poner al hombre los pies sobre la tierra, ligarle de una manera más profunda a sus cosas: al hogar en que vive y a la obra diaria de sus manos. ¿Se concibe forma más feroz de existencia que la del proletario, que acaso vive durante cuatro lustros fabricando el mismo tornillo en la misma nave inmensa, sin ver jamás completo el artificio de que aquel tornillo va a formar parte y sin estar ligado a la fábrica más que por la inhumana frialdad de la nómina?

Todas las juventudes conscientes de su responsabilidad se afanan en reajustar el mundo. Se afanan por el camino de la acción y, lo que importa más, por el camino del pensamiento, sin cuya constante vigilancia la acción es pura barbarie. Mal podríamos sustraernos a esa universal preocupación nosotros, los hombres españoles cuya juventud vino a abrirse en las perplejidades de la trasguerra. Nuestra España se hallaba, por

Biblioteca Nacional de España

una parte, como a salvo de la crisis universal; por otra parte, como acongojada por una crisis propia, como ausente de sí misma por razones típicas de desarraigo que no eran las comunes al mundo. En la coyuntura, unos esperaban hallar el remedio echándolo todo a rodar (esto de querer echarlo todo a rodar, salga lo que salga, es una actitud característica de las épocas fatigadas, degeneradas; echarlo todo a rodar es más fácil que recoger los cabos sueltos, anudarlos, separar lo aprovechable de lo caduco...; ¿no será la pereza la musa de muchas revoluciones?). Otros, con un candor risible, aconsejaban a guisa de remedio la vuelta pura y simple a las antiguas tradiciones, como si la tradición fuera un *estado* y no un *proceso* y como si a los pueblos le fuera más fácil que a los hombres el milagro de andar hacia atrás y volver a la infancia.

Entre una y otra de esas actitudes se nos ocurrió a algunos pensar si no sería posible lograr una síntesis de las dos cosas: de la revolución—no como pretexto para echarlo todo a rodar, sino como ocasión quirúrgica para volver a trazar todo con pulso firme al servicio de una norma—y de la tradición—no como remedio, sino como sustancia, no con ánimo de copia de lo que hicieron los grandes antiguos, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias—. Fruto de esta inquietud de unos cuantos nació la Falange. Dudo que ningún movimiento político haya

Biblioteca Nacional de España

venido al mundo con un proceso interno de más austeridad, con una elaboración más severa y con más auténtico sacrificio por parte de sus fundadores, para los cuales—¿quién va a saberlo como yo?—pocas cosas resultan más amargas que tener que gritar en público y sufrir el rubor de las exhibiciones.

* * *

Pero como por el mundo circulaban tales y cuales modelos y como uno de los rasgos característicos del español es su perfecto desinterés por entender al prójimo, nada pudo parecerse menos al sentido dramático de la Falange que las interpretaciones florecidas a su alrededor en mentes de amigos y enemigos. Desde los que, sin más ambajes, nos suponían una organización encaminada a repartir estacazos, hasta los que, con más empaque intelectual, nos estimaban partidarios de la absorción del individuo por el Estado; desde los que nos odiaban como a representantes de la más negra reacción, hasta los que suponían querernos muchísimo para ver en nosotros una futura salvaguardia de sus digestiones ¡cuánta estupidez no habrá tenido uno que leer y que oir acerca de nuestro movimiento! En vano hemos recorrido a España desgañitándonos en discursos; en vano hemos editado periódicos; el español, firme en sus primeras conclusiones infalibles, nos nega-

Biblioteca Nacional de España

ba, aun a título de limosna, lo que hubiéramos estimado más: un poco de atención.

* * *

Cierta mañana se me presentó en casa un hombre a quien no conocía: era Pérez de Cabo, el autor de las páginas que siguen a este prólogo. Sin más ni más, me reveló que había escrito un libro sobre la Falange. Resultaba tan insólito el hecho de que alguien se aplicara a contemplar el fenómeno de la Falange hasta el punto de dedicarle un libro, que le pedí prestadas las cuartillas y me las leí de un tirón, robando minutos a mi ajetreo. Las cuartillas estaban llenas de brío y no escasas de errores. Pérez de Cabo, en parte, quizá, por la poca difusión de nuestros textos, en otra parte, quizá—no en vano es español—, porque estuviera seguro de haber acertado sin necesidad de texto alguno, veía a la Falange con bastante deformidad. Pero aquellas páginas estaban escritas con buen pulso. Su autor era capaz de hacer cosas mejores. Y en esta creencia tuve con él tan largos coloquios que en las dos refundiciones a que sometió a su libro lo transformó por entero. Pérez de Cabo, contra lo que hubiera podido hacer sospechar una impresión primera, tiene una virtud rara entre nosotros: la de saber escuchar, y leer. Con las lecturas que le suministré y con los diálogos que sostuvimos,

Biblioteca Nacional de España

hay páginas de la obra que sigue que yo suscribiría con sus comas. Otras, en cambio, adolecen de alguna imprecisión, y la obra entera tiene lagunas doctrinales que hubiera llenado una redacción menos impaciente. Pero el autor se sentía aguijoneado por dar su libro a la estampa y ni yo me sentía con autoridad para reprimir su vehemencia ni, en el fondo, renunciaba al gusto de ver tratada a la Falange, como objeto de consideración intelectual, en apretadas páginas de letra de molde. El propio Pérez de Cabo hará nuevas salidas con mejores pertrechos; pero los que llevamos dos años en este afán agridulce de la Falange le agradeceremos de por vida que se haya acercado a nosotros trayendo, como los niños un pan, un libro bajo el brazo.

José Antonio Primo de Rivera.

Madrid, agosto 1935.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

PREFACIO

Este ensayo no pretende ser la exposición de una doctrina. Es la revelación de un espíritu.

Nuestro siglo es el siglo de las masas, esas masas que Ortega y Gasset ha visto ascender al escenario de la Historia por el escotillón de la democracia, fenómeno retratado por Walter Rathenau con estas palabras, que son algo más que una frase: «La invasión vertical de los bárbaros».

Todo ejercicio vital que lleve a las masas el sentido de la tragedia del destino humano es plausible y es redentor. La vulgaridad, el derecho al mando sin el esfuerzo para merecerlo, es la norma sin normas de las masas. Y el movimiento falangista, estro heroico, disciplina y jerarquía, impone la limitación y el esfuerzo dramático. Adquiere así categoría humana y encauza la vitalidad masista por caminos de aristocracia. Para toda obra de superación que lance a la juventud por una ruta de ideal, nuestra simpatía y nuestra adhesión

Biblioteca Nacional de España

ferviente. Por eso dejamos a la pluma expresar nuestra admiración a la obra de Sorel, verdadero educador entusiasta de las masas, aunque la finalidad del movimiento falangista es precisamente la negación de un punto de vista fundamental de Sorel, en cuanto nosotros proscribimos la guerra de clases.

No pretendemos guardar la verdad absoluta; pero creemos que sólo nuestro concepto trágico de la Historia y nuestro ideal de Imperio español son fuerzas espirituales capaces de someter a las masas a la soberanía de las normas redimiéndolas del «cinismo», que es su característica.

No es un afán destructivo, sino un sentido profundamente humano de la vida, lo que ha transformado en nacionalsindicalismo a la crisálida sindicalista.

Desde el primer instante se enfrentó con nuestro movimiento el marxismo militante; y consideramos natural esta actitud; porque si esa doctrina ha de ir a sus últimas consecuencias, es apisonadora de la personalidad humana, igualitaria y, en definitiva, dictatorial; por tanto, enemiga natural de todo movimiento vindicador de aquella personalidad, antidictatorial y preconizador de las élites, asequibles a la capacidad y al esfuerzo, en el Gobierno.

Aun así, no hemos de negarles el saludo de camaradas a cuantos, marxistas o no, sientan las inquietudes del espíritu en el campo de la sociología; porque ca-

Biblioteca Nacional de España

maradas consideramos a quienes, como quería Platón, vayan empujados por Eros (por el Amor) en busca de la verdad.

Somos milicia, y hemos de hacer honor a nuestros juramentos; pero cuando hayan pasado nuestros tiempos heroicos y nuestras banderas regresen del campo de batalla ondeando al viento de la victoria, sabremos depositar una corona de siemprevivas sobre la tumba de cuantos hayan caído en defensa de un ideal, aun sobre la tumba de nuestros adversarios. Eran españoles, combatían a España creyendo defenderla, y generosamente vertieron su sangre por la doctrina que el error les presentaba como salvadora de España.

Nuestro amor, para todos los españoles; nuestro respeto, para todas las lealtades; nuestra crítica, para todas las doctrinas; nuestro odio, para todas las farsas.

Y todo por la gloria y la grandeza de España.

Biblioteca Nacional de España

ADVERTENCIA

Ya queda apuntado en el Prefacio que estas páginas reflejan un espíritu, pero no quieren definir dogmas. Aun así, no es posible sustraerse en todo momento al contacto de la doctrina. Y, si bien hemos procurado recoger en las cuartillas el sentido de nuestros frecuentes diálogos con el supremo mentor del movimiento de Falange, pudiera, no obstante, haber penetrado en el texto algún concepto poco claro que en rigurosa interpretación proyectase una sombra de heterodoxia. El autor recaba para sí toda la responsabilidad de cualquier imprecisión doctrinal.

Biblioteca Nacional de España

GÉNESIS

El movimiento de Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista, organizado, con jerarquías y disciplina, no apareció sobre el territorio español por arte de magia, ni nació, como Minerva de la cabeza de Júpiter, armado de todas armas. Tuvo sus causas y motivos, como todos los movimientos políticosociales, y sus excitaciones propias como todos los movimientos del espíritu. También tuvo sus precursores. Lo deplorable, y también lo extraño, es que causas, motivos y excitaciones hayan encontrado una alma tan fría y un cuerpo social tan insensible, que siendo más poderosas aquéllas y más visibles e intensos éstos en España que en la otra península del Mediterráneo, se nos haya adelantado en varios años la explosión del entusiasmo revolucionario italiano.

Es cierto que la campaña Abisinia, vergüenza nacional, estaba clamando venganza, y que la victoria sobre los Imperios Centrales había dejado a Italia con las manos casi vacías, con una compensación ínfima de los ingentes sacrificios de la gran guerra; no menos cierto

Biblioteca Nacional de España

que la desorganización social italiana posterior a la gesta bélica era tan alarmante para las minorías selectas, rectoras al fin y propulsoras de la opinión pública, que el hecho fascista estaba en el corazón de Italia pugnando por convertir el afán patriótico en una acción redentora que, como acción y movimiento, había de traducirse fatalmente en una marcha triunfal.

Pero Aduas los hemos tenido nosotros a docenas, y a centenares las manifestaciones de torpeza diplomática; no hay que hablar siquiera de nuestra desorganización social: realmente no puede desorganizarse lo que nunca estuvo organizado, y nosotros no hemos conocido aún una organización social radicalmente distinta, por lo menos en el aspecto económico, de la que nos legó el sistema absolutista pseudoaristocrático, sin que el fenómeno del industrialismo que cambió la faz de Europa haya influído más que sobre la epidermis de la sociedad española.

Esto es lo curioso: que el ideal nacional español (de tipo serio y constructivo), haya tardado tanto en concretarse en un movimiento de alta escuela, en el movimiento que es Falange Española.

Al día siguiente de la firma del tratado de París, que liquidó la guerra hispanoamericana, dos hechos negativos quedaron patentes: uno, la falta de pudor de la monarquía austroborbónica, que no se suicidó después del desastre; otro, la irresponsabilidad infantil de la so-

Biblioteca Nacional de España

ciedad española, que no exigió a la monarquía la rendición de cuentas de cuatrocientos años de historia.

Ese día debió irrumpir en la vida pública el nacionalsindicalismo, previa la violenta meteorización de la sociedad capitalista. Pero lejos de eso, como si estuviéramos en el mejor de los mundos, seguimos adorando el dogma del rey inviolable e irresponsable y jugando a la democracia liberal con la división de poderes, las elecciones, el sufragio inorgánico y los Parlamentos.

Annual nos trajo el precursor. Pero un general devoto de la monarquía, aunque asqueado de los partidos políticos; un patricio cargado de buena fe y con el corazón inflamado de amor a la Patria, pero de tan poca visión, que no se enteró de que el sufragio universal era un universal embuste y sentía la necesidad de apelar al sufragio para legitimar su magnífico acto de fuerza, que sólo podía legitimar la historia, ese brillante general no podía ser más que eso: un precursor lejano y efímero, incapaz de enlazar un pasado de desastres con un porvenir inmediato de reconstrucción nacional. Supo destruir, pero no supo edificar sobre las ruinas. Lo abandonó el genio revolucionario capaz de escalar los altares del pasado para llamar desde allí a los dioses del futuro. A él, como al calumniado Azaña, les faltó la sombra del genio en la hora cenital de su poder, precisamente la hora en que todos los cuerpos pierden la sombra

Biblioteca Nacional de España

Paz a los muertos.

Se malogró, pues, el parto de la transformación nacional, porque no tuvo genio el tocólogo. Es más: se trocó en un aborto. El 14 de abril no es sino el aborto de la revolución económicosocial que esperaba el pueblo español.

En la cabeza del Estado no había una corona, sino un gorro frigio. La bandera nacional se enriqueció con el color morado del pendón de Castilla. Y eso fué toda la transformación que hicieron las izquierdas.

Para comprender la ausencia del genio revolucionario de aquella manada de burgueses remoqueteados de «izquierdas», basta considerar que a los tres meses de la caída del régimen monárquico ya teníamos un Parlamento encargado de mantener todas las injusticias del Estado anterior al 14 de abril, en nombre del respeto a los derechos adquiridos, la irretroactividad del despojo santificado por la ley y otras puerilidades legalistas. Hasta se llevó al Parlamento un cuño garantizador de la inviolabilidad de todo lo vetusto: la juridicidad. El día que resonó esa ingeniosa palabreja, comprendió el mundo que en España no había triunfado la revolución; y al pueblo español se le hizo saber sin rodeos que un rey había sido sustituído por un presidente, pero que continuaban sagrados a la sombra del presidente los intereses más o menos legítimos nacidos al cobijo del rey; y que debía obediencia a los

Biblioteca Nacional de España

mismos caciques y adoración a los mismos dioses.

En el orden económico siguió devorando víctimas el Moloch capitalista, y la única reforma de las izquierdas fué la de «capitalizar» a unos cuantos marxistas.

En el orden político siguió inflamando los aires el himno de la democracia, es decir, de la oligarquía de los caciques. Y con capitalismo sin función social y caciquismo sin respeto al pueblo español, las izquierdas se pasaron dos años hablando en el mitin y en el Parlamento en nombre de la ¡REVOLUCIÓN! Pero no se perdió todo. El fraude no podía pervivir ufano, sin el latigazo de un censor; el pueblo, defraudado, oyó de repente un clarín de guerra que despertaba en su alma recuerdos imprecisos pero vivos y potentes: eran los acordes de la revolución dormida, pero no muerta, en sus entrañas. El clarín hacía vibrar en todas las almas una ilusión y una esperanza. El clarín gritaba claro y distinto ¡ARRIBA! y tenía mucho de caracol marino, porque llevaba dentro los rumores de todas las tormentas de los mares de la Historia. Y en el teatro de la Comedia, trono de la farsa, se organizó la repulsa programática de la farsa. ¡Arriba! Ha irrumpido en España el movimiento nacionalsindicalista, a la vez revolucionario y constructivo. José Antonio Primo de Rivera, juventud y rebeldía, ha desplegado la bandera de Falange Española.

Biblioteca Nacional de España

ARRIBA

No se trata, pues, de un Partido. Se trata de un movimiento meditado y pasional, más aún lo primero que lo segundo, que responde ante todo a un afán de reconquista. Reconquista, primero, del don de mando que ha ido perdiendo España a medida que a su nombre ejercían el mando, sin el *quid divinum* del genio, las dinastías extranjeras. Reconquista de la vitalidad, agotada al servicio de empresas que no siempre eran nuestras, sino muchas veces de las familias reinantes. La vitalidad española, ya por esas hemorragias muy mermada, lo parece más por hallarse repartida en zonas incomunicantes de la sociedad. La anarquía individual ibérica ha contagiado a gremios y clases, que uno por uno se han cerrado entre murallas de indiferencia para el contorno, quedando cada clase aislada de las demás y entregada a sus propias fuerzas. (Pensamiento clave de Ortega y Gasset en *España Invertebrada.)* La falta del riego sanguíneo interclasista con-

Biblioteca Nacional de España

vierte a cada una de las clases en una señorita clorótica, desmedrada, susceptible, huraña y, a la postre, infecunda.

SE NECESITA UN ESTADO

En estas condiciones, el Estado español vino a ser una clase más. El león se transformó en cordero, que triscaba o sesteaba plácidamente mientras en su derredor, y en el mismo plano, roncaban las otras clases en sus celdas impermeables.

Era necesario destruir los paredones, articular unas con otras las clases, hacer cooperantes los intereses y mezclarlos todos en el torrente de la vida nacional. Pero esto no puede lograrlo un Estado cordero. Es ineludible construir el Estado león. Y el dogma de Falange será ese: «Un Estado fuerte; pero un Estado instrumento nacional, no al revés, esto es, no un Estado tiránico que convierta a la Nación en instrumento; y para construir el Estado, la vuelta a la organización europea que en clasificación gremial hará posible la categorización del trabajo despojándolo del carácter de mercancía, y el Gobierno del pueblo por las élites.»

Primo de Rivera pone, pues, su poderoso entendimiento al servicio de la verdad, y halla la fórmula del Estado nacionalsindicalista, corporativo y totalitario, de tipo español. No es un bloque de la cantera italiana

Biblioteca Nacional de España

o alemana. Es una creación española. Pero sobre esto volveremos en un capítulo específico.

Los españoles somos muy dados a ridiculizar los gestos y los gritos simbólicos. No nos damos cuenta de que son un lenguaje sintético, expresión de muchas teorías de pensamientos que se han elaborado en el gabinete de la reflexión y se han caldeado en el horno del sentimiento. Algunas veces nuestra sonrisa despectiva e irónica se hiela repentinamente en los labios. El gesto y el grito responden a una voluntad de imponer las convicciones de los oficiantes, y un vago presentimiento de dramatismo nos vuelve serios y presta nuestro respeto al grito y al gesto.

No se le ha ocurrido a Falange Española, que es por esencia un movimiento, lanzar el grito de ¡Adelante! Eso sería prematuro. Antes de avanzar por la gran ruta de la Historia, es necesario ponerse en pie, porque Falange quiere que España avance, no que se arrastre. El grito es, pues, perfectamente congruente con el sentimiento y con el ideal falangista. Estamos en plena selva oscura; el terror de las fuerzas cósmicas mantiene a España horizontal como el pitecántropos prehistórico antes de erigirse. El jefe de Falange es el único que puede sacudir todos los terrores, porque el entusiasmo de todas las juventudes falangistas se ha polarizado en el alma del jefe, potenciándola y divinizándola. Sólo su voz puede levantar a España al transfor-

Biblioteca Nacional de España

marse en un grito, porque es el grito de un dios. El alarido de Pan aterrorizaba a la naturaleza clásica. El grito del jefe exulta nuestro cosmos social, y España empieza a erguirse porque la exhortación de una juventud guerrera forjada por millares de individualidades *organizadas,* es más poderosa que la decisión española de nirvana y renunciamiento.

Naturalmente, con la resurrección no hemos de conformarnos. Una vez en pie la rejuvenecida nación española, y gracias al Estado totalitario y sindical al servicio de la nación, que será como el esqueleto de acero de toda la construcción, la carroza de nuestro destino avanzará majestuosa por el universo al conjuro de otro grito. ¡Arriba! se convertirá en ¡Adelante!

¡Arriba! es, pues, un grito de surgimiento, de erección y de afirmación del ser. El grito imperial de resonancias universales lo oirá la sociedad española después, cuando la jerarquía suprema del Estado totalitario proclame llegado el momento de cumplir el destino histórico de España. Y el momento, además, llegará pronto, porque si somos revolución, también somos febril construcción. Y Schiller cantó: «Cuando los reyes construyen, tienen trabajo los carreros.»

Biblioteca Nacional de España

Razones críticas del movimiento.–La mentira radical de la democracia española y de todas las democracias liberales.–Izquierdas y derechas son pseudodemocráticas.–El falangismo es substancialmente democrático-orgánico.

España, a partir del final del siglo XV, no ha tenido un minuto de democracia. Muertas las Cortes de los Reinos, que eran verdadera e indisputable representación del pueblo agrupado por afinidades de intereses (los brazos), con procuradores designados corporativamente, de tal modo que era imposible la suplantación de la voluntad popular, la democracia española (la primera de las democracias europeas) murió en pleno renacimiento del sistema político romano. Todavía fué posible la libertad por algunos años; pero la democracia (que no es sinónimo de libertad) no volvió a conocerse en la nación española. La ordenación del Estado quedó a la voluntad del príncipe y en manos de éste se

Biblioteca Nacional de España

fué agotando la vitalidad que la democracia de los reinos acumulara en los siglos anteriores.

El pueblo se desinteresó cada día más de los negocios públicos, en los que no tenía intervención, y conservó un poco de respeto para los reyes gobernadores que, al fin, bien o mal, gobernaban; y ni siquiera el respeto le ofrendó ya a la monarquía absoluta cuando los reyes dejaron de gobernar y se limitaron a reinar. España no se acostumbra fácilmente al gobierno de los favoritos.

Creyeron nuestros ingenuos políticos de 1812 que, pues el pueblo había intervenido, y por cierto con carácter exclusivo, en la guerra de Independencia, necesariamente había de seguir interesándose en los problemas de todo orden planteados y que se plantearan en la vida pública. Y establecieron la forastera institución del sufragio inorgánico. Aquí empieza la obra de la mentira que ha de perdurar en España, falseando nuestra historia durante siglo y medio. Se supone que los actos del Estado español son actos del pueblo español, ya que éste por medio del sufragio universal elige a los constructores (destructores) y directores del Estado.

Pero las corporaciones han desaparecido o tienen tan poca vitalidad que no recaban el derecho de sufragio ni lo ejercen dignamente cuando se les confiere por gracia real (régimen bicameral). Queda, pues, el Poder

Biblioteca Nacional de España

legislativo confiado al principio de masa numérica traducido en ese gran fraude que se denomina sufragio universal. El pueblo sigue tan alejado de la cosa pública con el régimen de la democracia oficial como lo estaba con la monarquía absoluta. Y, para sostener la mentira democrática y gobernar con la irresponsabilidad, cargando a la cuenta del pueblo *soberano* todos los errores y desafueros de gobierno, los llamados demócratas organizan el curioso sistema del Gran Electorado bajo el camouflage del sufragio universal.

Un cacique en cada municipio rural, que suele ser el prestamista de turno, amparado por el cacique provincial, generalmente presidente de la Diputación, y al frente de todos ellos un Gran Cacique, también de turno, en el Ministerio conservador o liberal.

Las «elecciones» se hacen en cada Municipio una semana antes de la fecha señalada en la *Gaceta*, y todo pasa a la Junta provincial del Censo por si algún cacique municipal se ha equivocado al hacer la distribución de votos.

Y a los cuatro o cinco días se anuncia al mundo que el Partido conservador o el liberal (el de turno) ha ganado las elecciones por siete millones de sufragios.

Con un sistema tan cómicamente serio, de aplicación de los principios democráticos, no es extraño que Europa haya forjado una concepción tan depresiva de la capacidad del pueblo español: porque supone, con

Biblioteca Nacional de España

lógica, que él es el autor y el responsable de sus grandes desastres. Y ningún observador político europeo ha procurado hallar la explicación de esta incapacidad del pueblo que desesperaba con su sagacidad política y su despierta audacia a un zahorí tan consumado como Maquiavelo. No se pierda de vista que Fernando e Isabel eran el reflejo del alma española.

Después del 14 de abril, el sistema democrático español es el mismo: oligarquía caciquil disfrazada de democracia. Sólo que en vez de un cacique hay tres en cada municipio rural, que suelen ser estos tres Grandes Electores: el secretario del Ayuntamiento, el Juez Municipal (o quien haya conseguido su nombramiento) y el cura o la junta de curas del municipio. Generalmente se ponen de acuerdo seis o siete días antes de la elección de Diputados y se distribuyen los puestos para izquierdas y derechas, según la política de turno. La masa neutra, circunscrita a las ciudades, no influye: es el veinte por ciento aproximadamente del Censo electoral. Así, pues, cada diputado español tiene un veinte por ciento de representación popular y un ochenta por ciento de representación oligárquica.

Negamos que el Parlamento español represente al pueblo español, ni siquiera como masa numérica; por tanto, los Gobiernos que salen de ese Parlamento no pueden sostener que actúan a nombre de España.

Izquierdas y derechas sustentan, como vemos, el ar-

Biblioteca Nacional de España

tilugio de sus organizaciones en una radical mentira. Se dicen democráticas y desacreditan y falsean con sus procedimientos la democracia, aun la democracia de origen inorgánico. No obstante, tachan de inmoral el falangismo, porque, según los pontífices izquierdistas y derechistas, proscribe la democracia.

A esos fariseos del democratismo vamos a demostrarles que el falangismo es substancialmente democrático, hasta el punto que sin la democracia se volatiliza y desaparece el Estado concebido y que organizará Falange Española.

El movimiento es nacionalsindicalista. La sociedad se concibe como una inmensa organización de productores en lo económico, y un Gobierno de élites abiertas en lo político; y las Corporaciones han de representar los intereses de toda la nación. Precisamente para evitar el falseamiento de la democracia, tan cara al nacionalsindicalismo, proscribimos el sufragio inorgánico, que ha sido y es el pedestal oligárquico derechista-izquierdista.

Falange sabe que el soplo del genio español sólo animará a la sociedad si se vuelve a su estructura tradicional, modificada únicamente por los progresos de de la economía moderna. Y la estructura tradicional es de tipo gremial.

Claro que no podemos dar acceso al Gobierno a las incapacidades de cualquier orden, simplemente porque

Biblioteca Nacional de España

así lo quieren unos millares o unos millones de personas sin cualificación. En la democracia de origen inorgánico suelen estar en los puestos de mando las más resplandecientes medianías, sin preparación alguna para asumir esa responsabilidad. Porque la masa no entiende a los mejores separados de su ruda comprensión por millones de kilómetros cualitativos. La masa entiende a los suyos, a los que son masa: y sólo a los que son masa atribuye las funciones de Gobierno, porque se hace la ilusión de que estando sus congéneres en el Poder, el Poder es de la masa. En este sentido, casi es un bien que la democracia numérica española haya sido sistemáticamente falseada en los comicios.

No. Nosotros no daremos jamás el Gobierno a la masa. El Gobierno ha de estar siempre en manos de las élites. Ahora bien: Nuestras élites son abiertas, y a ellas se incorporará siempre toda capacidad esforzada. Este acceso a las élites de Gobierno, libre siempre para todas las capacidades que quieran dejar de ser simple masa, es la única verdadera y sensata democracia. Lo demás es suicidio de la sociedad. Y nuestra sociedad no es suicida.

¿Hay alguna institución más democrática que la Iglesia Católica? En este imperio inmenso y eterno, la masa no gobierna jamás; el Gobierno es de una escogidísima élite, que además tiene la misión de conservar la continuidad histórica del sistema. Y aprovecho el mo-

Biblioteca Nacional de España

mento para declarar que podemos resolver ese gran problema de la continuidad a pesar de haber declarado definitivamente fenecida la monarquía. Ese problema, que los escritores democráticoliberalas nos presentan con cierta fruición, no es tal problema.

La Iglesia Católica no está regida por una monarquía hereditaria, y tiene, no obstante, resuelto también el problema de la continuidad. El Papa, en conclave, crea los Cardenales; y el Sacro Colegio se encarga de elegir al Papa. Así, el Gobierno no sale nunca fuera de la élite.

¿Y por qué no hemos de darle nosotros una parecida solución al problema?

Pero, volviendo al tema, véase cómo la élite de la Iglesia Católica está siempre abierta a la capacidad esforzada. La inmensa mayoría de los puestos de mando, de función y de consejo, están en poder de humildísimos fieles que por su virtud, su capacidad y su esfuerzo, han entrado en la élite eclesiástica. Y ésta es, indudablemente, una democracia muy superior a esa otra que se pasa la vida propinando estacazos al individuo a cambio de otorgarle a éste, una vez al año, el derecho de llamarse pueblo soberano.

Biblioteca Nacional de España

El «metalúrgico desconocido».

Mi amigo Manolo Risco, catedrático de Óptica en la Universidad Central, anda desde hace meses muy preocupado con un microbio que a toda costa quiere aislar para fijarle una etiqueta y presentarlo al mundo en toda su personalidad desnuda. Porque, según mi irónico amigo, la fuerza enorme de ese microbio está precisamente en el incógnito con que circula por ahí. Y pueden ustedes ver a Risco en su laboratorio rodeado de reactivos y atento a las revelaciones del microscopio, con un afán y un celo que tiene tanto del físico como del sociólogo. Mi amigo, de tres meses a esta parte, se pasa la vida investigando en el laboratorio e ironizando en el café. Y todo a propósito del «metalúrgico desconocido».

Pero, al ironizar al microbio, se ironiza de paso a sí mismo: porque él es liberal izquierdista. Y quien tiene la noble preocupación irónica de descubrir al «metalúrgico desconocido», no está bien en un Partido de-

Biblioteca Nacional de España

mocráticoliberal. En cuanto yo me dí cuenta de que sentía la misma preocupación, hace ya tiempo, rompí los contactos que tenía con la democracia numérica y me asomé al nacionalsindicalismo. Y en el nacionalsindicalismo puedo asegurarle, mi excelente amigo, que conocen perfectamente al metalúrgico que para usted es desconocido.

Risco tiembla por el porvenir de la sociedad (yo tiemblo por el porvenir del individuo, aunque no soy demócrata liberal) si no se aisla pronto a ese bicho. Efectivamente: las masas de «metalúrgicos desconocidos», si Falange no logra remediarlo, van a invadir el continente de la política, como han invadido otros más nobles y menos ostensibles continentes (letras, ciencia, educación), y en su poder los resortes de mando precipitarán el cataclismo de la civilización europea, humana, española.

Pues bien, amigo: deje ya el microscopio y arroje los reactivos. El «metalúrgico desconocido» está ahí, a la vista, en el escenario histórico, ante las candilejas. Y no es un microbio: es un gigante.

El «metalúrgico desconocido» lo ha engendrado ¡quién lo diría! la democracia liberal, que, además, construyó para él una jaula: el capitalismo; pero una jaula tan grande como la civilización europea: es decir, que el «metalúrgico desconocido» anda suelto por la inmensa jaula de Europa y América. Y no hay bichos de

Biblioteca Nacional de España

esa especie sólo entre los proletarios; quizás abundan más, proporcionalmente, entre la burguesía y el gran capital. Todos los «descualificados», todos los que no aspiran a desenvolver su destino bajo las normas superiores del destino humano, son «metalúrgicos desconocidos».

Y esa es la gran obra del nacionalsindicalismo. En él, todos están obligados a aspirar a ser «élite». Y con sólo aspirar a ser «élite», ya deja de ser «desconocido» el metalúrgico. Se convierte, por el solo esfuerzo, en metalúrgico (en hombre) de selección.

En un famoso discurso pronunciado en Valladolid, D. Manuel Azaña vió en un instante de inspiración lo que había bajo la máscara ciudadana de los treinta mil escuchantes (escuchaban, pero no comprendían la tragedia íntima del gobernante). Eran treinta mil hombres masa, o, apelando al término irónico de Manolo Risco, treinta mil «metalúrgicos desconocidos». La angustia de aquella visión apretó el alma del político que, con énfasis de súplica y de imprecación, gritó: «¡Todo sometido al Estado, y el Estado por encima de todo!» Vana solución la del Sr. Azaña al problema de la masa rebelde. La rebelión del «metalúrgico desconocido» contra toda norma social es algo más que un problema de orden público.

¡Todo sometido al Estado, y el Estado por encima de todo!, es una fórmula fascista, simplista e incom-

Biblioteca Nacional de España

prensiva. El problema es de reorganización total de la sociedad, de desmontar todo el enorme artilugio capitalista, en lo económico, y todo el tinglado liberal democrático, en lo político.

El Sr. Azaña debiera darse cuenta de que las masas «descualificadas» mandan por derecho propio desde que se han convencido de la existencia real de la democracia liberal, en la que tardaron mucho en creer. Si la masa numérica es la mitad más uno de la sociedad española, ¿por qué no ha de imponer sus torpes caprichos por medio del sufragio inorgánico en un régimen propio? Y los impone, acuchillando unas veces a las derechas y otras a las izquierdas. Derechas e izquierdas son ante todo «masa numérica», y la sociedad política de derechas e izquierdas se suicida con el puñal del sufragio periódicamente, por entregas. Pero ¿qué importa que la nación se suicide, si lo ha decretado así la democracia liberal? El día que se le ocurra a la sociedad liberal democrática fusilar a todos los españoles que no tengan los ojos azules, el Sr. Azaña y yo lo pasaremos muy mal, y además tendremos que presentarnos sonriendo agradecidos al pelotón de fusilamiento que cumple democráticamente la orden, santa, sabia y justa, porque es la orden de la mitad más uno de los votos individuales. La mitad más uno siempre tiene razón, y por eso fué muy justa la orden del Gobierno liberal que mandó a Cervera entregar a centenares de

Biblioteca Nacional de España

españoles a las fauces de los tiburones, en Santiago de Cuba...

Cuanto más poderoso sea el Estado en un régimen de democracia numérica, más tiránica será la voluntad de la masa dueña de ese instrumento coactivo. Por eso el grito italo-fascista del Sr. Azaña en Valladolid: «todo sometido al Estado y el Estado por encima de todo» tiene todas las desventajas del italo-fascismo y todo el peligro bárbaro de la democracia liberal.

Al «metalúrgico desconocido» de la democracia numérica no se le puede combatir entregándole un Estado omnipotente; eso es hacer omnipotente al enemigo, y esa es la descabellada solución democrática liberal.

Al «metalúrgico desconocido» sólo puede vencerlo el nacionalsindicalismo, que empieza por encuadrarlo en un sindicato profesional, lo trata sin blandura pero con justicia adscribiéndole al sindicato la plusvalía creada por el trabajo y que la organización democrática capitalista viene adscribiendo injustamente al capital papel; le ilumina el entendimiento y le enfervoriza el corazón con el ideal y con el sentimiento de la Patria; y le obliga a ver y sentir la necesidad de obedecer a la élite y la conveniencia de esforzarse en penetrar en la élite misma siempre abierta a la capacidad y al esfuerzo.

Si yo tuviera las aficiones de Gonzalo de Berceo, le

Biblioteca Nacional de España

pediría al Sr. Risco el galardón de «un vaso de bon vino» por haberle presentado sin careta y sin incógnito al «metalúrgico desconocido» y juntamente la solución única eficaz al problema que un día tanto empavoreció al italo-fascista Sr. Azaña.

Biblioteca Nacional de España

La acción directa.

Ortega y Gasset ha hecho una acerba censura de la «acción directa», estudiándola, analizándola, diseccionándola, ironizándola; y entre otras bellas saetas de su acerada crítica, se lee en «La Rebelión de las masas»: «Tener una idea es creer que se poseen las razones de ella, y es, por tanto, creer que existe una razón, un orbe de verdades inteligibles. Idear, opinar, es una misma cosa con apelar a tal instancia, supeditarse a ella, aceptar su Código y su sentencia, creer, por tanto, que la forma superior de la convivencia es el diálogo en que se discuten las razones de nuestras ideas. Pero el hombre masa se sentiría perdido si aceptase la discusión, e instintivamente repudia la obligación de acatar esa instancia suprema que se halla fuera de él. Por eso, lo «nuevo» es en Europa «acabar con las discusiones», y se detesta toda forma de convivencia que por sí misma implique acatamiento de normas objetivas, desde la conversación hasta el Parlamento, pasando por la ciencia. Esto quiere decir que se renuncia a

Biblioteca Nacional de España

la convivencia de cultura, que es una convivencia bajo normas, y se retrocede a una convivencia bárbara. Se suprimen todos los trámites normales y se va directamente a la imposición de lo que se desea. El hermetismo del alma, que, como hemos visto antes, empuja a la masa para que intervenga en toda la vida pública, la lleva también, inexorablemente, a un procedimiento único de intervención: la acción directa. «...Toda la convivencia humana va cayendo bajo este nuevo régimen en que se suprimen las instancias indirectas. En el trato social se suprime la «buena educación». La literatura, como «acción directa», se constituye en el insulto. Las relaciones sexuales reducen sus trámites.

¡Trámites, normas, cortesía, usos intermediarios, justicia, razón! ¿De qué vino inventar todo esto, crear tanta complicación? Todo ello se resume en la palabra civilización que, al través de la idea de *civis*, el ciudadano descubre su propio origen. Se trata con todo ello de hacer posible la ciudad, la comunidad, la convivencia. Por eso, si miramos por dentro cada uno de esos trebejos de la civilización que acabo de enumerar, hallaremos una misma entraña en todos. Todos, en efecto, suponen el deseo radical y progresivo de contar cada persona con las demás. Civilización es, antes que nada, voluntad de convivencia. Se es incivil y bárbaro en la medida en que no se cuente con los demás»...

Biblioteca Nacional de España

No nos comprenden, aun siendo adversarios de la democracia liberal, y no siendo extraña a nuestro estilo cierta tendencia a preferir la acción directa por lo que luego veremos, los reproches de D. José. Nuestro movimiento es democrático, y democracia es diálogo. Pero lo que no se nos puede exigir es que descendamos al comadreo de solar o a la disputa de taberna o de café. El mismo D. José repudia la discusión que no está regida por el deseo de ajustarse a la verdad. «No hay cultura, dice, donde no hay acatamiento de ciertas últimas posiciones intelectuales a que referirse en la disputa.» «Si alguien en su discusión con nosotros se desinteresa de ajustarse a la verdad, si no tiene la voluntad de ser verídico es, intelectualmente, un bárbaro.» —Bien: ¿Se nos puede decir dónde está el deseo de los Parlamentos liberales de ajustarse a la verdad? ¿No acuden los Partidos (las docenas de Partidos) del Parlamento español, al sofisma constante, a la presión de las mayorías circunstanciales, a las combinaciones más o menos ridículas para hacer triunfar siempre el interés del Partido dominante? ¿Cuántos años hace que no se guarda ninguna Constitución teóricamente vigente, que se salta, incluso, por encima de las mismas esencias democráticas, en interés de este o del otro Partido? Pues todo eso es rehuir las instancias supremas y hacer imposible la convivencia. Y, naturalmente, nosotros no podemos perder el tiempo en discusiones

Biblioteca Nacional de España

bizantinas con un sistema que es radicalmente falso, inauténtico, y que, además, se envilece todos los días con la hipocresía y el sofisma. Llegará un día, anunciaba Donoso Cortés, en que las gentes, hartas de escuchar el pro y el contra de todas las cuestiones, se derramarán por calles y plazas y volcarán en el polvo la cátedra de los sofistas.

Pero de esto no tiene la culpa un movimiento como el nuestro, que siente en cada minuto que pasa una nueva agonía por la Patria. Tiene la culpa la pseudodemocracia española, que no representa ni siquiera a la masa numérica y que no haría nada de provecho aunque fuera verdadera democracia de origen inorgánico, porque representar números es no representar nada.

No nos interesa, pues, ni puede interesar a nadie de buen sentido y de afán constructivo, discutir en un Parlamento a título de número con otros números sentados en unos escaños. Allá ellos con su farsa.

Pero rehuir el diálogo con los hombres y con fuerzas animadas por el deseo de la verdad, eso nunca. Precisamente, nuestro éxito está en el diálogo. Diálogo es propaganda; y nosotros somos eminentemente proselitistas. Somos entusiasmo; pero las alas de nuestro entusiasmo son de raciocinio puro; y sólo convencidos de nuestra razón podemos convertirnos en sembradores. Mientras los Partidos políticos van ofreciendo pre-

Biblioteca Nacional de España

bendas para el presente o para un futuro inmediato, y así ganan sus adeptos (la adhesión de los apetitos), nosotros ofrecemos el sacrificio, el peligro y, allá a lo lejos, la aurora del resurgimiento imperial de España. Y nuestras filas van engrosando rápidamente a pesar de los rigores de la disciplina. He ahí el resultado del raciocinio, del diálogo entre hombres que sienten la atracción suprema de la verdad.

Si todo eso es la acción directa, entonces sí somos sus fanáticos.

¿Se nos podrá dar en rostro con nuestro desinterés por las luchas electorales de la democracia numérica? ¡Bah! Somos gente seria.

Sólo faltaría que nuestros deslumbradores ideales fueran alegremente al banquete de los sofistas, a comulgar en la farsa liberal democrática ante una urna electoral que tiene tantas y más cuantas papeletas sin sentido alguno de política constructiva: porque los números se colocan en línea, pero no construyen cosa alguna. Y eso, en el menos malo de los supuestos; porque generalmente, ya sabemos cómo se hacen las elecciones en la beatífica liberal democracia española.

Yo me atrevo a predecir que a no muy largo plazo, el contraste manifiesto entre nuestro ideario redentor y el contenido mezquino de la liberal democracia nos envolverá en una ola gigantesca de entusiasmo nacional que ascenderá hasta las más altas cumbres y allí dejará

Biblioteca Nacional de España

instalado nuestro programa y nuestras élites para llevarse en la bajamar todos los artilugios de la democracia liberal. Y esa será la acción directa del estro popular, ante la que tendrán que arrodillarse izquierdas y derechas en nombre de sus mismos principios democráticos y, sobre todo, por obra de su propia impotencia. Pero entiéndase bien que esta oleada popular no será provocada ciertamente por la propaganda subversiva, que no nos es útil ni necesaria. La provocará la propaganda de la verdad, que es la entraña de nuestra doctrina.

Nuestro movimiento no es el impulso natural de la rebeldía de las masas contra las minorías selectas, masas sublevadas y dispuestas a imponer por la violencia su vulgaridad igualitaria destructora de todo afán de superación.

Lejos de eso, el nacionalsindicalismo es esencialmente constructivo; establece dogmáticamente el principio de la jerarquía, y mediante el culto de la disciplina trabaja con entusiasmo por superarse cada día y cada minuto. Bien están los dicterios inspirados por el horror a la violencia, para las doctrinas que apacientan a las masas con el concepto materialista de la Historia; pero nosotros tenemos y predicamos e imponemos el concepto aristocrático, en cuanto vemos y ponemos la responsabilidad del mando en manos de las élites, y en cuanto tenemos, como la Iglesia Católica (V. el capítu-

Biblioteca Nacional de España

lo «La Iglesia Católica»), el sentido trágico de la vida.

Ahora bien: este sentido trágico es un motor de tanta potencia que, una vez colocado en el corazón de las masas, las aristocratiza e irremisiblemente lleva al Poder a las élites del movimiento. ¿Acaso podrá ser necesaria la violencia para desplazar a la democracia liberal el día que el ámbito nacional se convierta en un inmenso alarido de adhesión a los reconquistadores del alma española? Si es necesaria entonces la fuerza, tanto peor para la democracia, que será quien ejerza la acción directa en nombre de unos principios caducos incapaces de justificar la situación de hecho.

Biblioteca Nacional de España

El individuo.–La libertad.–El anarquismo superado por el sindicalismo.–El sindicalismo superado por el nacionalsindicalismo de Falange.

Pregonan los pseudodemócratas que el nacionalsindicalismo ha declarado la guerra al individuo; que anula la personalidad humana; y que para él no hay más personas que las personas jurídicas de carácter económico. Se trata de asustar a las gentes anunciando la periclitación de la libertad individual, y al efecto se nos pinta como manadas disciplinadas de tigres que se alimentan, por lo visto, de derechos individuales.

¿De dónde se ha sacado esa peregrina visión del nacionalsindicalismo? Ante todo, queremos formular esta interrogante previa: ¿Hasta qué punto defiende la personalidad humana la democracia del sufragio inorgánico? ¿Dispone de sí libremente el individuo desde que se proclamaron sus derechos va para dos siglos, o más bien, es un esclavo del sistema capitalista nacido y cre-

Biblioteca Nacional de España

cido con la democracia de ese tipo, y lleva la argolla en el estómago?

El Conde de Romanones, discípulo aventajado de Romero Robledo, suele decir que su voto y el de su portero tienen el mismo valor; pero que el Conde está seguro de disponer siempre del voto del portero. Esa frase encierra una precisa definición de la libertad política basada en el sufragio universal.

Conscientes de la farsa fundamental del Estado democrático, los anarquistas, inocentes pero sinceros campeones de la libertad del individuo, pretenden eliminar la ley y acabar con la autoridad que representa siempre, al menos teóricamente, la sumisión del individuo a la fuerza de la muchedumbre. Pero el individuo, como un bloque aislado y como una protesta viviente contra el principio de sociabilidad inherente al hombre, no puede dictar normas cuyo acatamiento por los demás haga posible su existencia. Era necesario, pues, suprimir la limitación sin destruir el principio de libertad. Y se acudió a la ficción del individuo sindicato. Por medio del sindicato, organización actuante de los intereses profesionales individuales, podría establecerse la sociedad sobre una libertad ilimitada y prescindiendo del aborrecido Estado rector. La soberanía del individuo se trocaba en soberanía del sindicato.

De esta falacia fundamental se desprendió una verdad luminosa. No era cierto que el sindicato fuera un

Biblioteca Nacional de España

superindividuo, porque no puede haber individuos divisibles: eso es un imposible metafísico; pero la protección al individuo era mucho más eficaz desde el plano del sindicalismo que desde la plataforma democrática. Ese era el golpe de florete al corazón de la democracia.

Sólo faltaba dibujar con trazo firme los límites del sindicato. Para que éste no fuera precisamente lo contrario de lo que pretendía ser, había que contar con todos los factores de la producción. Tan individuo era el patrono como el obrero. El sindicato no podía circunscribirse al interés profesional de un solo elemento de la producción. Otra cosa sería la guerra de clases y la imposición de unos a otros individuos o superindividuos. Y como los sindicatos se habían reducido a eso, a la organización de los trabajadores para destruir el Estado que en esencia era o se suponía representación de todos los individuos, fué preciso superar el sindicalismo unilateral, crear sindicatos integrales de productores, y organizar las corporaciones, que no son una persona jurídica, sino un organismo de la administración pública, y destruir así el Estado individualista que paradójicamente asfixiaba al individuo, destruir, en una palabra, el Estado democrático que es la negación de la misma libertad individual a la que debe, teóricamente, la vida, y poner en el sindicalismo el fermento de la idea nacional, unidad de destino, Patria.

Biblioteca Nacional de España

Y para vivir, habida cuenta de que el mundo está dividido en parcelas, donde se cultiva la flora del espíritu y donde crecen los sentimientos a diferentes temperaturas, haciendo posibles los choques de los intereses de unas con los de otras parcelas, cada una de éstas ha de organizarse en un sentido nacional, procurando inponer su concepto y su sentimiento de la vida para llevar su propia personalidad al concierto universal de las ideas, de las pasiones y de los intereses. Ante todo, respeto a la naturaleza, que es la suprema norma de la vida. Y la naturaleza, que ha dado a los hombres el denominador universal del espíritu, también los ha particularizado en zonas cálidas de sentimientos. Es locura, pues, y rebelión estéril contra las leyes naturales, pretender borrar la realidad incontrastable de la Patria; pero es ferocidad de tribu caníbal convertir la Patria en campo de depredación donde, a pretexto de acatar la soberanía individual de la mayoría-masa numérica, se sacrifica a los ciudadanos en las piedras sagradas de los partidos políticos, provechosos únicamente para los caciques profesionales que participan en las viandas con arreglo a la cantidad de masa que cultivan, esto es, que engañan o sobornan.

El nacionalsindicalismo acomete la empresa viril de superar al sindicalismo precisamente para arrancar al individuo (patrono u obrero) de las garras de la democracia y del capitalismo, encuadrándolo en el marco

Biblioteca Nacional de España

de los sindicatos profesionales, coincidiendo en esta aspiración y en esta táctica con el puro sindicalismo. Pero no se detiene ahí. Busca la felicidad máxima posible del individuo (patrono u obrero), poniendo a los sindicatos en sentido vertical a producir bienes y ordenando la distribución de la plusvalía de tal modo que garantice la vida holgada a que tiene derecho cada individuo que desarrolla su natural capacidad de trabajo, manual o director, dentro del sindicato. Ahora bien: los bienes que producen los sindicatos son solamente de índole material. Pero aun el orgullo de sentirse español es un bien espiritual que el Estado nacionalsindicalista ha de crear para felicidad del individuo. De aquí la omnipotencia que ha de gozar el Estado totalitario puesto a labrar la felicidad de un pueblo atendiendo al desarrollo de todas las actividades organizadas y sin matar por desviación irracional de su intervención la personalidad individual representada ante todo en la propiedad privada, que no es ni mucho menos incompatible con la actividad del Estado omnipotente, que se limita a exigir a esa propiedad el cumplimiento de su función social, ya que nuestro Estado es el único Estado realmente democrático que ha conocido la Historia, y que no puede matar al individuo ni ahogar a la sociedad, por ser un instrumento y no un señor de ésta.

A los beatos adoradores de la pseudodemocracia

Biblioteca Nacional de España

podría fácilmente aguárseles la fiesta íntima descubriendo que los ciclos históricos de hiperdemocracia individualista son precisamente los de la más brutal de las tiranías. Ortega y Gasset ha observado esta coincidencia. El individuo tiene a su favor más «reservaciones» (derechos individuales) en el régimen de las Monarquías absolutas, y acaba por ser absorbido por el Estado en las hiperdemocracias. Era más libre el individuo en la monarquía feudal que en la democracia ateniense.

Y, desde luego, protegida por la organización nacionalsindicalista, la personalidad humana entrará definitivamente en un régimen de libertad, precisamente por la omnipotencia social sindical, que es la única fuerza capaz de libertar al hombre de la opresión capitalista sin arrojarlo en brazos de la tiranía de clase. El Jefe de Falange atribuye al sindicato (para que refluya en la nación y aumente así el bienestar de los individuos) la plusvalía de los bienes creados por el trabajo, que hoy arrebata para sí el capitalismo. La justicia económicosocial será la mejor garantía de la libertad.

Biblioteca Nacional de España

El Estado nacionalsindicalista. El Estado es totalitario.

La democracia liberal, que pretende ser librecambista en lo económico e individualista en lo político, y que profesa esos dogmas como fundamentales, se ha visto muchas veces, y se ve en la actualidad, constreñida por la necesidad de vivir, a abjurar en la práctica, de sus propios principios. Se niega, pues, a sí misma, y pretende, no obstante, declarar antihumano el Estado totalitario, que actúa de acuerdo con las circunstancias y recaba para sí, en previsión de las necesidades, el ordenamiento de la vida nacional.

Un Estado jurídico, ha dicho Mussolini, no puede ser el Estado que represente un Partido, sino el Estado que represente la colectividad nacional; que lo abarque todo; que esté por encima de todo; que lo proteja legalmente todo; que, en fin, se levante con derecho omnipotente contra quien ponga mano en su soberanía imprescriptible, «un Estado que no dé la razón al más

Biblioteca Nacional de España

fuerte; un Estado que no se parezca nada al Estado liberal, incapaz de la menor organización jurídica y de la menor realización financiera; un Estado que no se vea a merced del socialismo todopoderoso; un Estado que no crea realizables los problemas desde el punto de vista exclusivamente político. Las ametralladoras no bastan si el espíritu no las prepara y las dispara. Toda la armazón del Estado se desploma como un viejo escenario de opereta cuando no existe la suprema conciencia de cumplir un deber magno y de realizar una misión colectiva».

Con más precisión y más a fondo ha examinado el Jefe de Falange Española esta cuestión vital de la organización del Estado. En su discurso en el Círculo de la Unión Mercantil, de 9 de abril último, dijo textualmente:

«Pues bien, en esta España, que no fué nunca superindustrializada, que no está superpoblada, que no ha padecido la guerra; donde conservamos la posibilidad de rehacer una artesanía que aún permanece en gran parte; donde tenemos una masa fuerte, entramada, disciplinada y sufrida de pequeños productores y de pequeños comerciantes, donde tenemos una serie de valores espirituales intactos; en una España así, ¿a qué esperamos para recobrar nuestra ocasión y ponernos otra vez, por ambicioso que esto suene, en muy pocos años, a la cabeza de Europa? Pues esperamos a esto:

Biblioteca Nacional de España

a que los Partidos políticos hagan el favor de dar por terminadas sus querellas sobre si van o no a liquidar las pequeñas diferencias que tienen pendientes en el Parlamento y fuera del Parlamento.

»Fijaos en la característica de la tragedia española y de la tragedia europea...: el hombre ha sido desintegrado, ha sido desarraigado, se ha convertido, como os decía antes, en un número en las listas electorales y en un número en la cola a la puerta de las fábricas; este hombre desintegrado lo que está pidiendo a voces es que le vuelvan a poner los pies en la tierra, que se le vuelva a armonizar con un destino común, sencillamente (llamando a las cosas por su nombre), con el destino de la Patria. La Patria es el único destino colectivo posible. Si lo reducimos a algo más pequeño, a la casa, al terruño, entonces nos quedamos con una relación casi física; si lo extendemos al Universo, nos perdemos en una vaguedad inasequible. La Patria es justamente, lo que configura sobre una base física una diferenciación en lo universal; la Patria es, cabalmente, lo que une y diferencia en lo universal el destino de todo un pueblo; es, como decimos nosotros siempre, una unidad de destino en lo universal.

»Pues bien, esta integración del hombre y de la Patria, ¿a qué esperamos para hacerla? Pues esperamos a que los Partidos de izquierda y los Partidos de derecha se den cuenta de que estas dos cosas son insepa-

Biblioteca Nacional de España

rables, y ya veis que no los censuro por ninguna menuda peripecia; los censuro por esta incapacidad para colocarse ante el problema total del hombre integrado en la Patria. Los partidos de izquierda ven al hombre, pero lo ven desarraigado. La constante de las izquierdas es interesarse por la suerte del individuo contra toda arquitectura histórica, contra toda arquitectura política, como si fueran términos contrapuestos. El izquierdismo es, por eso, disolvente; es, por eso, corrosivo; es, por eso, irónico, y estando dotado de una brillante colección de capacidades, es, sin embargo, muy apto para la destrucción y casi nunca apto para construir. El derechismo, los partidos de derecha, enfilan precisamente el panorama desde otro costado. Se empeñan en mirar también con un solo ojo, en vez de mirar claramente, de frente y con los dos. El derechismo quiere conservar la Patria, quiere conservar la unidad, quiere conservar la autoridad, pero se desentiende de esta angustia del hombre, del individuo, del semejante que no tiene para comer.

»Esta es rigurosamente la verdad, y los dos encubren su insuficiencia bajo palabrería: unos invocan a la Patria sin sentirla ni servirla del todo; los otros atenúan su desdén, sn indiferencia por el problema profundo de cada hombre, con fórmulas que, en realidad, no son más que mera envoltura verbal, que no significan nada. ¡Cuántas veces habré oído decir a los hombres de de-

Biblioteca Nacional de España

recha: estamos en una época nueva; hay que ir a un Estado fuerte, hay que armonizar el capital con el trabajo, tenemos que buscar una forma corporativa de existencia! Yo os aseguro que nada de esto quiere decir nada; que son puros buñuelos de viento. Por ejemplo; *¿qué es eso de un Estado fuerte?* Un Estado puede ser fuerte cuando sirva un gran destino, cuando se sienta ejecutor del gran destino de un pueblo. Si no, el Estado es tiránico. Y generalmente, los Estados tiránicos son los más blandengues. Cuando Felipe II asistía a la entrega de un hereje a la hoguera, estaba seguro de que dejándole ir a la hoguera, servía al designio de Dios. En cambio, cuando un Gobierno liberal de nuestros días tiene que fusilar a uno que ha traicionado a su Patria, no se atreve a fusilarle porque no se siente suficientemente justificado por dentro.

»Otra de las frases: Hay que armonizar el capital con el trabajo. Cuando dicen esto creen que han adoptado una actitud inteligentísima, humanísima ante el problema social. Armonizar el capital con el trabajo... que es como si yo dijera: «me voy a armonizar con esta silla». El capital (y antes he empleado bastante tiempo en distinguir el capital de la propiedad privada) es un instrumento económico que tiene que servir a la economía total y que no puede ser el instrumento de ventaja y de privilegio de unos pocos que tuvieron la suerte de llegar antes»... «¿Y el Estado corporativo? Esta es otra

Biblioteca Nacional de España

de las cosas. Ahora son todos partidarios del Estado corporativo; les parece que si no son partidarios del Estado corporativo les van a echar en cara que no se han afeitado aquella mañana, por ejemplo. Esto del Estado corporativo es otro buñuelo de viento. Mussolini, que tiene alguna idea de lo que es el Estado corporativo, cuando instaló las veintidós corporaciones hace unos meses, pronunció un discurso en el que dijo: «Esto no es más que un punto de partida; pero no es un punto de llegada». La organización corporativa, hasta este instante, no es otra cosa, aproximadamente, en líneas generales, que esto: los obreros forman una gran Federación; los patronos forman otra gran Federación; y entre estas dos grandes Federaciones monta el Estado como una especie de pieza de enlace. A modo de solución provisional, está bien; pero notad bien que este es, agigantado, un recurso muy semejante al de nuestros Jurados mixtos. Este recurso mantiene hasta ahora intacta la relación de trabajo en los términos en que la configura la economía capitalista; subsiste la posición del que da el trabajo y la del que arrienda su propio trabajo para vivir. En un desenvolvimiento futuro, en un desenvolvimiento que parece revolucionario y que es muy antiguo, que fué la hechura que tuvieron las viejas Corporaciones europeas, se llegará a no enajenar el trabajo como una mercancía, a no conservar esta relación bilateral del trabajo, sino

Biblioteca Nacional de España

que todos los que intervienen en la tarea, todos los que forman y completan la economía nacional, estarán constituídos en sindicatos verticales, que no necesitarán ni de Comités paritarios, ni de piezas de enlace, porque funcionarán orgánicamente como funciona el ejército, por ejemplo, sin que a nadie se le haya ocurrido formar Comités paritarios de soldados y jefes...

. . . . . .

»Todo eso son historias. La única manera de resolver la cuestión social es alterando de arriba abajo la organización de la economía. Esta revolución en la Economía no va a consistir, como dicen por ahí que queremos nosotros los que todo lo dicen porque se les pega al oído, sin dedicar cinco minutos a examinarlo, en la absorción del individuo por el Estado, en el panteísmo estatal. Precisamente, la revolución total, la reorganización total de Europa, tiene que empezar por el individuo, porque el que más ha padecido con este desquiciamiento, el que ha llegado a ser una molécula pura, sin personalidad, sin sustancia, sin contenido, sin existencia, es el pobre individuo, que se ha quedado el último para percibir las ventajas de la vida. Toda la organización, toda la revolución nueva, todo el reforta-lecimiento del Estado y toda la reorganización económica irán encaminados a que se incorporen al disfrute de las ventajas esas masas enormes desarraigadas por la economía liberal y por el conato comunista.

Biblioteca Nacional de España

»¿A esto se llama absorción del individuo por el Estado? Lo que pasa es que entonces el individuo tendrá el mismo destino que el Estado; que el Estado tendrá dos metas bien claras; lo que nosotros decimos siempre: una hacia fuera, afirmar a la Patria; otra hacia dentro, hacer más felices, más humanos, más participantes en la vida humana a un mayor número de hombres. Y el día en que el individuo y el Estado, integrados en una armonía total, tengan un solo fin, un solo destino, una sola suerte que correr, *entonces sí que podrá ser fuerte el Estado, sin ser tiránico,* porque sólo empleará su fortaleza para el bien y la felicidad de sus súbditos. Esto es precisamente lo que debiera ponerse a hacer España en estas horas: asumir este papel de armonizadora del destino del hombre y del destino de la Patria; darse cuenta de que el hombre no puede ser libre, no es libre si no vive como un hombre, y no puede vivir como un hombre si no se le asegura un mínimo de existencia, y no puede tener un mínimo de existencia, si no se ordena la economía sobre otras bases que aumenten la posibilidad de disfrute de millones y millones de hombres; y no puede ordenarse la economía sin un Estado fuerte y organizador, y no puede haber un Estado fuerte y organizador sino al servicio de una gran unidad de destino que es la Patria; y entonces ved cómo todo funciona mejor, ved cómo se acaba esta lucha titánica, trágica, entre el hombre y el Estado que se sien-

Biblioteca Nacional de España

te opresor del hombre. Cuando se logre esto (y se puede lograr, y esa es la clave de la existencia de Europa, que así fué Europa cuando fué, y así tendrá que volver a ser Europa y España), sabremos que en cada uno de nuestros actos, en el más familiar de nuestros actos, en la más humilde de nuestras tareas diarias, estamos sirviendo, al par que nuestro modesto destino individual, el destino de España y de Europa y del mundo: el destino total y armonioso de la creación.»

Bien claro, pues, lo hace saber el Jefe del movimiento. No se trata de un Estado esencialmente opresor, dictatorial. Nuestro Estado no tiene la dictadura como sistema, aunque no puede, claro es, excluirse la posibilidad de ese fenómeno para la implantación del sistema, pero justificado el hecho dictatorial como instrumento, no como fin, y como instrumento transitorio y efímero. El Estado totalitario nacionalsindicalista no se justifica por su propia omnipotencia, sino como instrumento necesario de la sociedad para garantizar la libertad y labrar la felicidad individual y la grandeza de la Patria.

Nuestra organización no es, pues, esencialmente dictatorial. Pero sí es jerarquía. En la construcción de nuestro sistema queremos acomodarnos a la naturaleza humana; y ésta impone, por la desigualdad radical de los hombres, la ordenación jerárquica de la sociedad.

En este punto coincidimos con las ideas del fascio,

Biblioteca Nacional de España

como coincidimos siempre, y sólo entonces, que el fascio se acomoda a las normas sugeridas e impuestas por la naturaleza. Mussolini ha dicho textualmente: «No hay derecho real y racional sin que haya jerarquía efectiva y legal. Quien dice jerarquía, dice escala de valores humanos. Quien dice escala de valores humanos, dice escala de responsabilidades y de deberes, antes que de libertades y de derechos. Quien dice escala de responsabilidades y de deberes, dice disciplina.»

¿Cómo, pues, se puede afirmar que fundamos nuestro sistema político-social en la dictadura? Dictadura es ausencia de norma limitativa para el Poder ejecutivo; y, cabalmente, queremos imponer al Gobierno el respeto al espíritu y a las normas de la moral trascendente (1); y así se protegerá la libertad hasta hoy preterida siempre por los Gobiernos democráticos que encuentran la santificación de todos sus desafueros en los Parlamentos oligárquicos producto del sufragio universal hábilmente manejado por el Gran Electorado o caciquismo rural. Entiéndase bien que nosotros, a los vicios propios de la democracia de todos los países agregamos el fenómeno español del Gran Electorado,

---

(1) Cuando el Poder se sale normalmente de la moral que lo elevó y que persiste en la conciencia nacional, el Poder se hace tiranía y viene al suelo al removerse su propia base.

Biblioteca Nacional de España

cuya censura nos interesa más por ser una farsa típicamente española.

Políticamente, encuadramos las funciones en jerarquías; pero jerarquía no es vitrina de la inepcia venerable ni privilegio de podridas aristocracias de sangre; jerarquía es orden y autoridad y es también ley y responsabilidad: es, por ende, garantía contra la indisciplina y el desafuero. Esto no podrán comprenderlo jamás los entendimientos oscurecidos por la nube socialista y democrática, que no permite ver la legitimidad de la fuerza legal mientras cae en el éxtasis de la presión masista divorciada de toda instancia superior y de todo respeto a la jerarquía.

Biblioteca Nacional de España

Falange y la monarquía. Falange y la revolución.

Ningún republicano que quiera una República con un contenido de justicia social y con un ideal nacional, puede, después del mitin celebrado en el Salón Madrid el día 19 de mayo último, sentir escrúpulo al aproximarse a nuestras filas. El Jefe de Falange proclamó en aquel acto esta doble verdad, que pasa a ser un postulado del movimiento: «Primero. La monarquía española cumplió su misión histórica y está, por tanto, bien fenecida. Segundo. La revolución que el pueblo español necesita sigue pendiente, y es necesario hacerla.»

Asombra considerar la enorme cantidad de poder que las circunstancias pusieron en manos de los republicanos a la caída de la monarquía, y la falta de sentido revolucionario de aquellos paradisíacos «revolucionarios». Se sentían agradecidos a los viejos intereses políticos y plutocráticos que metieron las manos en los bolsillos mientras la monarquía demandaba con

Biblioteca Nacional de España

tono lastimero simpatías y manos amigas. Y esta deuda de gratitud, que se les recordaba todos los días con la frase «debéis el triunfo a la masa neutra», les ató las manos y les impidió acometer la transformación económicosocial que España necesitaba. Esta es la opinión de prominentes falangistas. Mi opinión personal es otra: no fué la bandeja de plata de las elecciones municipales y la cooperación condicionada de la «masa neutra» lo que frustró la revolución; la inhibición fué resultado natural de la incapacidad de aquellos venerables demócratas burgueses que tomaron los mandos y dieron la tónica a la República. El 1931-33 español es la caricatura del 1789-93 de Francia. Y nuestras gloriosas izquierdas democráticas son la degeneración de los hombres de la Montaña. ¡Mimetismo verbal y extemporáneo!

Desde un principio van las izquierdas republicanas españolas del brazo de la socialdemocracia; y naturalmente, se equilibraron y se contuvieron una a otra las dos opuestas fuerzas: el principio liberal de los republicanos y el principio dictatorial que lleva todo partido marxista en las entrañas. Uno a otro se frenaron, y entre los dos encadenaron el corcel de la revolución. Y ésta se quedó en la sustitución de la corona por el gorro frigio. Naturalmente, por inútiles fueron barridos de la cumbre del Poder. Pero la lección no aprovechó a sus herederos, y al matrimonio de la democra-

Biblioteca Nacional de España

cia burguesa y del socialismo sucedió el concubinato, no menos infecundo, de la masonería radical y el populismo romanizante. Fatalmente, ha de caer de las alturas ese concubinato, por inutilidad manifiesta. ¿Y entonces? Gran error han cometido los intereses conservadores destruyendo el valladar antirrevolucionario encarnado en el burgués izquierdista. Pero ya es tarde para la reparación. Ahora sólo queda un dilema: o la revolución marxista o la transformación nacionalsindicalista; o la dictadura del proletariado, que mata la personalidad humana, o la organización falangista, que salve al individuo encuadrándolo en el nacionalsindicalismo. Porque la buena voluntad de Gil Robles ha sido superada por los fenómenos sociales. Pudo salvar a España; pero no se lo permitieron los intereses plutocráticos que lo llevaron al Poder y cuyo sacrificio era indispensable para la obra salvadora. Esta se quedó, por eso, a mitad del camino, a pesar del heroico «devouement» del partido Radical.

Lástima grande que la juventud brillante de Calvo Sotelo no haya sido iluminada por el *quid divinum* del genio revolucionario. Este joven talentoso y audaz, entendimiento claro y corazón inflamado por el amor de España, incidió en el error gravísimo de identificar la Patria con la monarquía. Y el pueblo se acostumbró a ver un cadáver en la Patria de Calvo Sotelo.

¿Y entonces? Hay un fondo de justicia en las reivin-

Biblioteca Nacional de España

dicaciones de la clase proletaria y un *status necesitatis* en la desesperación de la clase media. Nada puede ya contener a las masas que con una bandera de justicia van a lanzarse contra el capitalismo avaro, ruin y suicida. Claro es que la destrucción del sistema capitalista agravará el problema de proletarios y clase media, porque nada se ha inventado por ahora que reemplace a este sistema social por otro menos injusto; pero los bárbaros están a la puerta.

Y he aquí nuestra misión. Arrebatar a los bárbaros la bandera que los hace invencibles, desmontando el sistema capitalista y sustituyéndolo por el nacionalsindicalista, someter a disciplina a bárbaros y patricios y abrir las puertas, para con unos y otros salvar la personalidad humana y levantar a la Patria y ponerla en marcha por la gran ruta de su destino imperial.

Para precisar el criterio del Jefe del movimiento en relación con la monarquía y con la revolución, reproduzco textualmente parte del discurso pronunciado por él en el Salón Madrid el 19 de mayo último:

«Pues bien, nosotros—ya me habéis oído desde el principio—nosotros entendemos, sin sombra de irreverencia, sin sombra de rencor, sin sombra de antipatía, muchos incluso con mil motivos sentimentales de afecto, nosotros entendemos que la monarquía española cumplió su ciclo, se quedó sin substancia y se desprendió, como cáscara muerta, el 14 de abril de 1931.

Biblioteca Nacional de España

Nosotros hacemos constar su caída con toda la emoción que merece, y tenemos sumo respeto para los Partidos monárquicos que, creyéndola aún con capacidad de futuro, lanzan a las gentes a su reconquista; pero nosotros, aunque nos pese, aunque se alcen dentro de algunas reservas sentimentales o nostalgias respetables, no podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue para el recobro de una institución que reputamos gloriosamente fenecida.

»El recobrar un sentido nacional y el asentar a España sobre una base social más justa eran las dos cosas implícitamente prometidas (así lo entendió el pueblo al llenarse de júbilo) por la llamada revolución del 14 de abril. Ahora bien, ¿las ha realizado? ¿Nos ha devuelto el gozoso sentido nacional? ¿Nos ha vuelto a unir en una misión nacional, de todos?

»¿Para qué he de hablar de lo que nos ha dividido, de lo que nos han vejado, de lo que nos han perseguido, de lo que nos han lanzado a los unos contra los otros? Os quiero señalar sólo algunas de las definitivas traiciones contra la Nación que debemos a aquellos primeros hombres del 14 de abril. Primero, el Estatuto de Cataluña. Muchos de vosotros conocéis nuestras ideas sobre este particular. La Falange sabe muy bien que España es varia, y eso no le importa. Justamente por eso ha tenido España desde sus orígenes vocación de imperio. España es varia y es plural, pero

Biblioteca Nacional de España

sus pueblos varios, con sus lenguas, con sus usos, con sus características, están unidos irrevocablemente en una unidad de destino en lo universal. No importa nada que se aflojen los lazos administrativos; mas con una condición: con la de que aquella tierra a la que se dé más holgura tenga tan afianzada en su alma la conciencia de la unidad de destino que no vaya a usar jamás de esa holgura para conspirar contra aquélla.

»Pues bien, la Constitución, con la aquiescencia de los partidos derechistas que nos gobiernan ahora, se ha venido a entender en el sentido de que hay que conceder la autonomía a aquellos pueblos que han llegado a su mayor edad, que han llegado a su diferenciación; es decir, que en vez de tomarse precauciones y lanzar sondeos, para ver si la unidad no peligra, lo que se hace es dar una autonomía a aquellas regiones donde ha empezado a romperse la unidad, para que acabe de romperse del todo.

»Política internacional. En estos días todos os halláis un poco al corriente de ella por lo que han dicho los periódicos. España lleva cuatro años haciendo la política internacional francesa, moviéndose en la órbita internacional de Francia. El que España desenvuelva una política internacional de acuerdo con potencias enemigas es cosa que no tiene por qué sorprendernos. Pero en lo internacional las naciones nunca entregan sino a costa de recibir algo, y Francia, cuya política

Biblioteca Nacional de España

internacional servimos, nos maltrata en los Tratados de Comercio y nos tiene relegados a un plano inferior en Tánger y negocia a nuestras espaldas el régimen del Mediterráneo, como si en el Mediterráneo no estuviésemos nosotros; es decir, que lo único que nos resarce de servir en el Mundo a la política internacional francesa es la vanidad satisfecha de algún pedante ministro o embajador.

»Pues ¿y la política seguida para desarticular—fué otro el verbo empleado—para desarticular el ejército, la garantía más fuerte y todavía más sana de todo lo permanente español? Sin embargo, no se sabe por qué designio hubo mucho cuidado en desarticular pronto esta garantía.

»Y, por último, la declaración constitucional de que España renuncia a la guerra. ¿Qué quiere decir eso? Si es una simple estupidez, sin nada detrás, allá sus autores. Si quiere decir que España tiene el propósito de ser neutral en guerras futuras, entonces tenía que haber ido seguida esa declaración de un aumento de nuestras fuerzas en la tierra, en el mar y en el aire, porque una nación con todas sus costas abiertas y colocada en uno de los puntos más peligrosos de Europa, no puede decidir, ni siquiera acerca de su neutralidad, si no puede hacer que la respeten. Sólo los fuertes pueden ser dignamente neutrales. Yo no sé si los autores de aquella frase querrían imponernos una neutralidad indigna.

Biblioteca Nacional de España

»¿Y en lo social? ¿Se hizo la reforma Agraria? ¿Se hizo la crediticia? Ya sabéis que la reforma Agraria que presentaron los hombres del 14 de abril, en vez de ir, como la que nosotros apetecemos, a rellenar de sustancia al hombre, a volver a dotar al hombre de su integridad humana, social, occidental, cristiana, española, en vez de hacer eso tendió a la colectivización del campo, es decir, a proletarizar también al campo, a convertir a los campesinos en masa agraria, como los obreros de la ciudad. A esto tendían y ni siquiera esto han hecho. Esta es la hora en que no han dado apenas un trozo de tierra a los campesinos. De la ley de reforma Agraria la única que empezaron a cumplir fué un precepto añadido a última hora por un puro propósito de represalia.

»Y la reforma financiera, ¿se ha hecho? ¿Han ganado acaso con alguna medida sabia los productores, los obreros, los empresarios, los que participan de veras en esta obra total de la producción? Esos han perdido; bien sabéis la época de crisis que aún están viviendo. En cambio, no han disminuído ni las ganancias de las grandes Empresas internacionales ni la ganancia de los Bancos.

»Eso es una de las alas que se mueven contra la obra y contra el sentido del 14 de abril. La otra de las alas es el populismo. ¿Qué queréis que os diga? por que en esto sí que ya nos entendemos todos. Yo siento

Biblioteca Nacional de España

mucha admiración y mucha simpatía hacia el Sr. Gil Robles, y siento esa simpatía y esa admiración precisamente por el nervio antipopulista que en él descubro. Yo barrunto que un día el Sr. Gil Robles va a romper con su escuela y me parece que ese día el Sr. Gil Robles prestará buenos servicios a España; pero de la escuela populista, ¿qué queréis esperar vosotros? La escuela populista es como una de esas grandes fábricas alemanas en que se produce un sucedáneo de casi todas las cosas auténticas. Surge en el mundo, por ejemplo, el fenómeno socialista, surge el ímpetu sanguíneo, violento, auténtico de la masa socialista; en seguida la escuela populista, rica en ficheros y jóvenes cautos de exquisita prudencia, cual de refinada escuela masónica, produce el sucedáneo del socialismo y organiza una cosa que se llama la democracia cristiana: Frente a la casa del pueblo, casas del pueblo; frente a los ficheros, ficheros; frente a las leyes sociales, leyes sociales. Se adiestra en escribir memorias sobre la participación en los beneficios, sobre el retiro obrero, sobre otras mil lindezas. Lo único que pasa es que los obreros auténticos no entran en esas jaulas preciosas del populismo y las jaulas preciosas no llegan a calentarse. Surge en el mundo el Fascismo con su valor de lucha, de alzamiento, de protesta de pueblos oprimidos contra circunstancias adversas y con su cortejo de mártires y con su esperanza de gloria; y en seguida sale el partido populista

Biblioteca Nacional de España

y se va, supongámoslo para que nadie se dé por aludido, a El Escorial, y organiza un desfile de jóvenes con banderas, con viajes pagados, con todo lo que se quiera menos con el calor juvenil revolucionario y fuerza que han tenido las juventudes fascistas. Y no os preocupéis que, si Dios nos da vida, veremos en España una República Cedista con representación proporcional y con Ley de Prensa, que tendrá los mayores parecidos con todas las repúblicas laicas del Centro de Europa.

»Por eso, camaradas, ni estamos en el grupo de reacción monárquica, ni estamos en el grupo de reacción populista. Nosotros, frente a la defraudación del 14 de abril, frente al escamoteo del 14 de abril, no podemos estar en ningún grupo que tenga más o menos oculto un propósito reaccionario, un propósito contrarevolucionario, porque nosotros, precisamente, alegamos contra el 14 de abril, no el que fuese violento, no el que fuese incómodo, sino el que fuese estéril, el que frustrase, una vez más, la revolución pendiente española. Y, por eso, nosotros, contra todas las injurias, contra todas las deformaciones, lo que hacemos es recoger del medio de la calle, de entre aquellos que lo tuvieron y lo abandonaron, y aquellos que no lo quieren recoger, el sentido, el espíritu revolucionario español que, más tarde o más pronto, por las buenas o por las malas, nos devolverá la comunidad de nuestro des-

Biblioteca Nacional de España

tino histórico y la justicia social profunda, que nos está haciendo falta. Por eso nuestro régimen, que tendrá de común con todos los regímenes revolucionarios el venir así del descontento, de la protesta, del amor amargo por la Patria, será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, sin faramallas de decadencia, sino empalmado con la España exacta, difícil y eterna que esconde la vena de la verdadera tradición española.

»Esto es lo que queremos nosotros y esta es la jornada que hoy de nuevo emprendemos. Esta jornada, camaradas, tiene la virtud de ser difícil; nuestra misión es la más difícil; por eso la hemos elegido y por eso es fecunda. Tenemos en contra a todos; a los revolucionarios del 14 de abril, que se obstinan en deformarnos y nos seguirán deformando después de estas palabras bastante claras, porque saben que la exigencia de cuentas que representa nuestra comparecencia ante España es la más fuerte acta de acusación levantada contra ellos; y, de otra parte, a los contrarrevolucionarios, porque esperaban al principio que nosotros viniéramos a ser la avanzada de sus intereses en riesgo y entonces se ofrecían a protegernos y asistirnos y hasta a darnos alguna moneda, y ahora se vuelven locos de desesperación al ver que lo que creían la vanguardia se ha convertido en el ejército entero independiente.

»Contra los unos y contra los otros, en la línea cons-

Biblioteca Nacional de España

tante y verdadera de España, atacados por todos los flancos, sin dinero, sin periódicos (ved la propaganda que se ha hecho de este acto que congrega a diez mil camaradas nuestros), asediados, deformados por todas partes, nuestra misión es difícil hasta el milagro; pero nosotros creemos en el milagro; nosotros estamos asistiendo a este milagro de España. ¿Cuántos éramos en 1933? Un puñado; y hoy somos muchedumbre en todas partes. Nosotros nos aventuramos a congregar en cuatro días en este local, que es el más grande de Madrid, a todos los que vienen, incluso a pie, de las provincias más lejanas, para ver el espectáculo de nuestras banderas y los nombres de nuestros muertos. Nosotros hemos elegido a sabiendas la vía más dura, y con todas sus dificultades, con todos sus sacrificios, hemos sabido alumbrar—¿qué sé yo si la única?—una de las venas heroicas que aún quedaban bajo la tierra de España. Unas pocas palabras, unos pocos medios exteriores han bastado para que reclamen el primer puesto en las filas donde se muere dieciocho camaradas jóvenes, a quienes la vida todo lo prometía. Nosotros, sin medios, con esta pobreza, con estas dificultades, vamos recogiendo cuanto hay de fecundo y aprovechable en la España nuestra. Y queremos que la dificultad siga hasta el final y después del final, que la vida nos sea difícil antes del triunfo y después del triunfo. Hace unos días recordaba yo ante una concurren-

Biblioteca Nacional de España

cia pequeña un verso romántico: «No quiero el Paraíso, sino el descanso»—decía—. Era un verso romántico de vuelta a la sensualidad; era una blasfemia, pero una blasfemia montada sobre una antítesis certera: es cierto, el Paraíso no es el descanso. El Paraíso está contra el descanso. En el Paraíso no se puede estar tendido; se está verticalmente, como los ángeles. Pues bien: nosotros, que ya hemos llevado al camino del Paraíso las vidas de nuestros mejores, queremos un Paraíso difícil, erecto, implacable, un Paraíso donde no se descanse nunca y que tenga junto a las jambas de las puertas, ángeles con espadas.»

Biblioteca Nacional de España

El Imperio.–El alma de España.– Un secreto de Estado guardado trescientos años.

La vida de España es, por excelencia, dramática. El genio de la Historia nos colocó entre dos grandes continentes y entre dos mares, y con la espuela de la situación geográfica nos obligó a vivir en perpetuo alerta. Para nosotros, más que para pueblo alguno, cobra la vida el sentido de peligro, que la caracteriza y la hace digna. Nos hemos alimentado durante centurias y centurias del estruendo de los combates y de los desbordamientos de contrapuestas civilizaciones.

Al amanecer el siglo XVI, la vitalidad española es inmensa. El don de mando de Castilla ha logrado formar un ejército de naciones, y para su fortuna y gloria se adscribe a su obra la sagacidad del político más grande que ha conocido el mundo después de Julio César. Quizá el mismo Pontificado no comprendió la justeza con que bautizó al rey de Aragón. Fernando el Católico, esto es, el Universal, fué digno del sobre-

Biblioteca Nacional de España

nombre. Tuvo la visión del destino español; a todos impuso la disciplina, y acalló las murmuraciones de Castilla, lanzándola, con Aragón, a una empresa deslumbradora: colocar el escudo de España en el frontispicio de Europa. Pero adviértase que resistió a todas las solicitudes y reprimió su ambición patriótica mientras no impuso el orden y comprobó la exuberancia de la vitalidad en todos los reinos. Cualquier estadista de menos visión hubiera dado por hecha la unidad española con el cruce de las dos casas reinantes. Fernando no se dejó engañar por el hecho inmediato ni por la comunidad de idioma y de sangre. Para él era el Estado nacional algo más espiritual que fisiológico, y era también algo más que un concepto jurídicopolítico; era una realidad que afectaba a la vez al sentimiento y a la voluntad. Su fundamento no podía ser una resignación, ni siquiera una aquiescencia de los pueblos; había de ser el arrobamiento de las almas de ambos reinos por la magnificencia del común programa.

Y la vitalidad de España desembocó en Nápoles.

Nuestro destino estaba decidido. Era un destino imperial que, como todos los de su alcurnia, había de mantenerse ganándolo cada día. Era un destino de sentido trágico: ser universal sin dejar de ser español. España había de mandar al destino y dejarse mandar por el destino.

El Emperador Carlos, con todas las condiciones de

Biblioteca Nacional de España

un forjador de Imperios, respondió dignamente a la llamada de la Historia. En su cabeza llevaba la Germania, Flandes y todas las empresas españolas que dejara trazadas Fernando el Católico. No descansó un minuto, y su Corte bien puede decirse que era una nave. Era la reencarnación de Julio César: un dinamismo incontenible al servicio de la idea imperial. Tampoco lo detenían mucho tiempo los Rubicones.

Roma, que de sociedad política de élites había descendido, con la degeneración del patriciado, a una especie de República democrática de asiento electoral inorgánico, tan pseudodemocrática como nuestra República y como nuestra monarquía constitucional, con sus partidas de la porra de gladiadores y su hábil distribución de sestercios (los colchones de nuestras derechas) en días de elecciones, no veía con buenos ojos al conquistador de las Galias. Creía que la salvación de Roma estaba en quedarse quieta, en reducirse a sus fronteras de entonces y en proscribir toda empresa de ensanchamiento. Es decir: Roma renunciaba a su destino, porque las élites romanas habían dejado de serlo, se habían convertido en masa vulgar, confundiéndose con la plebe y estableciendo una especie de democracia liberal. Por eso prohibieron a César pasar el Rubicón, es decir, prohibieron al genio imperial «venir» a perturbar el plácido sesteo de la pseudodemocracia. Pero César había infundido su espíritu y motorizado con su estro

Biblioteca Nacional de España

imperial a la parte más sana (de más vitalidad) de las masas romanas. Eran millares los ciudadanos que iban a la guerra sólo por el placer de militar a las órdenes del genio. Y el genio pasó el Rubicón entre las aclamaciones de aquella vitalidad. Una vez más se imponía el sentido trágico de la vida que hiciera señora de Imperios a la gran mandona del Tíber.

Carlos I se encontró en circunstancias bien parecidas. El traía en el alma el sentido de superación y de drama que Fernando quiso imprimir a la Historia de España haciendo sus primeros ensayos en Nápoles. Los Brutos y los Casios de Castilla concebían la Historia aproximadamente como los Casios y los Brutos de Roma. La misión de Castilla, para los Comuneros, había concluído en Granada, y era locura lanzarse a empresas de tipo universal. Por lo visto, aquellos antecesores de los «agrarios» no se habían enterado de que Castilla ya no era sino una tradición gloriosa superada por España. Es muy significativo que Aragón no hiciera el menor ademán de protesta contra los proyectos imperiales de Carlos, y que en la misma Castilla sólo los Brutos y los Casios se pusieran enfrente del nuevo estilo de la política española. La organización de Castilla era más democrática que la aragonesa, era menos patricia y se cuidaba menos de la libertad. En Aragón hubo por mucho tiempo un cuerpo de élite que realmente, si limitaba al rey en el ejercicio del Po-

Biblioteca Nacional de España

der ejecutivo, también imponía un sello de distinción y soltura a la historia del reino. Yo siempre he sentido muchas dudas ante la concepción «castellana» de los intentos de europeización de España que tan sugestivamente enseña Ortega y Gasset. Nunca me atreví a rebelarme contra esta teoría del Maestro, pero no he podido prestarle mi adhesión íntima.

Lo cierto es que Carlos «tuvo» que destruir en Villalar a la democracia castellana. Ese fué su Rubicón. Sin él no hubiera adelantado un paso la obra de Fernando y nos hubiéramos quedado sin época imperial.

Carlos era Emperador de Alemania; pero Alemania no era la sede de su Imperio. O en España o en una nave española: tal podría ser la empresa de su escudo. Es decir: Carlos comprendió desde el primer instante que el eje de la política europea se había trasladado a España.

Pero Carlos, lo mismo que su hijo Felipe, pensó que para hacer un Imperio perdurable era necesario justificarlo. Y Carlos y Felipe se pusieron al servicio del ideal más universal que podía concebir mente humana: al servicio del ideal de Unidad Religiosa.

Desconcierta un poco ver a Carlos lanzando sus ejércitos al asalto de Roma y a Felipe II ordenando al Duque de Alba el avance sobre la Ciudad Eterna, al mismo tiempo que mandaba decir misas en España por la salud del romano pontífice. Pero esa contradicción apa-

Biblioteca Nacional de España

rente nos da la clave de la política imperial de España. Ellos han aceptado la misión imperial conscientemente, no como un regalo que se recibe sin grandes obligaciones. Se sienten encadenados a este destino trágico por la divinidad de la Historia, y todo, incluso su profunda piedad religiosa, lo sacrifican a la idea imperial. Un destino tan formidable había de crear una historia dinámica, agitada y terriblemente dramática.

Carlos y Felipe no fueron arrastrados a las guerras religiosas que ensangrentaron a Europa por espíritu deportivo o por fanatismo cristiano. Así no se comprenderá nunca aquel esfuerzo gigantesco a que perennemente se entregaron. Fueron a las guerras religiosas porque así se lo imponía el destino imperial de España. Como César fué a las Galias empujado por el destino de Roma y como Napoleón fué más tarde a toda Europa en alas del destino de Francia.

Napoleón justificaba su Imperio por la necesidad de llevar la libertad política a los pueblos. Es decir: Napoleón justificaba su obra imperial poniéndose al servicio de la libertad. Carlos y Felipe justificaban la suya poniéndose al servicio de la Unidad Religiosa. Y de ahí aquella tozudez de Felipe en exigir al Papa la continuación del Concilio Tridentino, precisamente para hacer posible la unidad en el orden de la doctrina, mientras sus ejércitos y sus escuadras combatían a los herejes en toda Europa.

Biblioteca Nacional de España

Véase cómo los teólogos castellanos, que estaban muy por encima de los comuneros (como que eran verdadera élite de Castilla, y por eso no tenían influjo en la democracia liberal castellana que trajo la jornada de Villalar), comprenden el pensamiento de Carlos y Felipe y hacen esfuerzos dialécticos notabilísimos para justificar el Imperio, precisamente por la idea de unidad religiosa. En este punto, quiero hacer resaltar el celo imperial de Juan Ginés de Sepúlveda, quizá el menos afortunado en nombradía, y que dedicó dos libros, admirablemente escritos en forma socrática a la justificación de la conquista de América por aquel principio de la unidad religiosa, que era la obsesión de los reyes y de los teólogos. Yo tuve el honor de traducir dos libros, *De honestate rei militaris* y *Democrates alter*, bajo la dirección de D. Rafael Altamira. Por cierto que no abundaban los ejemplares, y tras no pocos esfuerzos encontró D. Rafael uno en la biblioteca del Senado. ¿Por qué no se emprende la reedición de esas obras de Sepúlveda?

El Imperio español empezó a decaer cuando España, agotada en lucha tan gigantesca, se vió forzada a transigir con la Reforma. Sólo en este sentido se puede aceptar la frase hecha: «Flandes fué el sepulcro de España».

Y la decadencia fué ya ostensible y franca cuando la monarquía imperial perdió el don de mando. Empeza-

Biblioteca Nacional de España

ron a mandar los favoritos, cuyo gobierno era imposible mientras la Unidad Religiosa era el sol de nuestro Imperio. Ya lo había previsto Felipe II, que no se consolaba de la ausencia de dotes de mando de su hijo.

Felipe II sabía que su muerte había de ser el principio del fin. Y, para evitarle al alma de España la vergüenza de presenciar la caída del Imperio, decidió llevársela consigo, y para ella construyó un panteón digno de su grandeza; allí, en El Escorial, levantó también un sepulcro para su dinastía; pero mientras los reyes de España mueren, el alma de España sólo duerme: porque es inmortal.

Y éste es el trascendente secreto de Estado que guardan los archivos espirituales de la Historia durante trescientos años. El alma de España está dormida en una cripta de El Escorial desde Felipe II.

Este secreto sólo podía ser revelado al español que hiciera de su corazón un altar de la Patria y de su vida una agonía por España. El Jefe de Falange conocía ya el secreto, y Falange lo presentía, cuando el Partido Popular, formado en escuadrones y desplegadas sus banderas, con una solemnidad que parecía de resurrección o de epifanía, avanzó en marcha militar por los caminos que llevan al gran Panteón. Nos sacudió el alma un terremoto de júbilo y en nuestro corazón cantaban todas las sombras inmortales de los tercios de Nápoles. ¿A qué podía ir Gil Robles a El Escorial con

Biblioteca Nacional de España

aquel ejército engalanado? Indudablemente, este joven patriota había sido también visitado por la revelación y marchaba gozoso a despertar el alma de España para traerla bajo palio al corazón del pueblo español. Al fin comprendíamos por qué aquel caudillo monárquico empezaba a ver con gusto el tercer color de la bandera republicana, el color del pendón morado de Castilla, que como insignia nacional precedía a nuestros ejércitos en la breve época del Imperio español. Todo esto pensamos y sentimos y gozamos, y florecieron los limoneros de nuestro espíritu para engalanar los desposorios de la Patria...

Pero ¡ay! Todo el entusiasmo de aquellos heroídas se disolvió en el canto aldeano de un evangelio y en la monotonía de un himno funeral ante la tumba de Felipe II. Y el espíritu de Fernando el Católico, tremante de indignación, maldijo y condenó a infecundidad eterna al ejército y al caudillo.

Aquellas muchedumbres, a su regreso a Madrid, encontraron paralizada la vida ciudadana por orden democrática de los señores marxistas. Los nacionalsindicalistas, desilusionados por el regreso chabacano de los que vió partir como reconquistadores del alma española, se cruzaron de brazos para estudiar la lección de virilidad que, sin duda, iban a dar los ¡cuarenta mil! jóvenes japistas. Nuevo desengaño: aquella brillante muchedumbre vertió su capacidad cambativa en un es-

Biblioteca Nacional de España

crito de protesta ante el Gobierno democráticoliberal que consentía la «riposta» socialista. Los nacionalsindicalistas comprendieron que aquel escrito de protesta era la esquela de defunción de la J. A. P., muerta por falta de capacidad revolucionaria y por ausencia de estilo.

Biblioteca Nacional de España

El ocaso de los dioses.–Sólo Falange salvará la revolución.

Las izquierdas, pues, traicionaron por incapacidad nativa (eran burgueses demócratas) la revolución que se preludió el 14 de abril. Gil Robles no fué capaz de inflamar con espíritu combativo a las juventudes que hubiera podido lanzar al asalto de un Estado capitedisminuído. Se contentó con rebautizarse de liberaldemócrata, y del brazo de la masonería alejandrina se puso a definir derecho antes de realizar actos. Es una víctima más del parlamentarismo. Y entretanto, los fuegos subterráneos buscan una nueva salida, cerrado ya (quizá no definitivamente) el cráter de Asturias.

El bloque de Calvo Sotelo... no es más que Calvo Sotelo: una figura excelsa rodeada hasta la garganta de todos los apetitos. Carece del estilo que sintomatiza a los Partidos de combate. Seguramente, si gozara este joven tribuno de la independencia que a nosotros es propia, su programa sería más audaz y, en definitiva,

Biblioteca Nacional de España

más constructivo. Pero acaudilla más intereses que ideales, y necesariamente habría de ser su organización corporativa, de sentido clasista, manteniendo (sin proponérselo) la vigencia de la lucha de clases, esto es, la eternidad de la dictadura como sistema de Gobierno. Todo eso equivale a la división permanente de España hasta que la clase capitalista (la masa del bloque) se haya comido a la proletaria, para reinar después... en un cementerio nacional.

Tengo para mí que la concepción del Estado totalitario, del Bloque, repugna íntimamente y no responde al pensamiento del batallador diputado gallego, y que sólo la presión de la masa de su Partido será responsable de que derive hacia la lucha de clases y la tiranía del Estado, inconcebible en un patriota de su talla moral. Pero este fenómeno está descontado desde el primer día. Las masas del Bloque están formadas substancialmente por viejos intereses de posesión y amalgama de señoritismo. Pronto estudiaremos al señorito aristócrata de sangre y al señorito de blusa, y quedará hecho el retrato de la gran masa del Bloque. *De la censura salvamos, naturalmente, a la escasa minoría selecta que, precisamente por serlo, no es bloque aunque se llame bloquista.* A veces un simple detalle exterior, un gesto, un al parecer insignificante motivo de ornato, revela una tragedia devastadora de un corazón. En una sesión memorable de esta legislatura, la primera en que

Biblioteca Nacional de España

la catarata de la elocuencia calvosotelista iba a resonar con todo su estruendo después de tres años de silencio, las solapas de la minoría de este líder dieron ocasión a otro no menos elocuente tribuno para hablar de la Corte florida de Calvo Sotelo. Pues bien: La única solapa no florecida de la minoría era la solapa del caudillo. Era un guerrero auténtico mandando a un ejército de donceles. Aquella flor era todo un símbolo: era el milagro que se espera de un taumaturgo sin tomarse el trabajo de merecerlo.

Calvo Sotelo, en una palabra, es el prisionero del señoritismo que forma la gran masa de su Partido. Por si le faltara algo para ser un Partido característicamente señoritesco, en la cumbre del Bloque se sienta cómodamente la sombra de un rey que vivió sin esfuerzo y cayó sin gloria. No nos sorprendería mucho ver a Calvo Sotelo un día cualquiera sacudiendo un puntapié a ese castillo de pueriles egoísmos bautizado con el nombre, hueco y sonoro, de «Bloque nacional».

Pero lo cierto es que ese valor positivo, lo mismo que Gil Robles, se ha frustrado para la revolución. «Esta es Castilla, que face los homes y los gasta.»

Queda, pues, Falange Española de las J. O. N. S. sola frente a frente del marxismo, si se deciden los sindicalistas a no combatir a los Partidos proletarios. La Historia nos ha reservado a nosotros el honor de salvar la personalidad humana y de poner otra vez en

Biblioteca Nacional de España

marcha el destino imperial de España. Y nos disponemos a cumplir la gloriosa misión.

Ante todo, hemos de hacer la revolución que no quisieron hacer las izquierdas de la República, que no hizo el Partido Popular y que no puede hacer el Bloque. Para todos ellos la revolución es el suicidio, porque no consiste tanto en destruir momentáneamente el orden liberal-democrático y social-capitalista vigente como en implantar un nuevo orden político y social que es la superación del anterior. No puede hacer, pues, la revolución ningún Partido que tenga intereses creados a la sombra del actual sistema político o social. Aun la social democracia está ligada por serios compromisos a la burguesía encuadrada en las izquierdas republicanas. Nosotros somos el único movimiento que avanza libre de todo compromiso de cualquier orden. No podemos aún contar con nuestros hermanos menores (hermanos mimados) del sindicalismo, que están todavía en el sarampión del romanticismo.

Y queremos que resalte sin equívocos esta nuestra actitud revolucionaria; pues el destino imperial de España no podrá dar el primer paso sino sobre las ruinas humeantes de la pseudodemocracia liberal y del capitalismo egocentrista.

Nosotros aspiramos a conmover, por la acción y el sentimiento, el alma del pueblo, y hacer que fluya una corriente irresistible de la voluntad nacional (Rocco).

Biblioteca Nacional de España

Nuestra actitud frente al Estado vigente es la preconizada por Mussolini: «Estaremos con el Estado cuantas veces se presente como guardián vigilante y como guardián celoso de la tradición y de la voluntad nacionales. Sustituiremos al Estado cada vez que se muestre incapaz de hacer frente a la demagogia y de combatir a los sectores que interiormente disgregan la solidaridad pública. Combatiremos al Estado en el caso de que caiga en manos de quienes amenazan el porvenir del país.»

Desde luego, declaramos fuera de la ley al socialismo, por antihumano y porque, si es consecuente consigo, es inmoral al proclamar como uno de sus fines la dictadura de una clase que, además, por experiencia histórica sabemos que se convierte en la dictadura permanente de una individualidad. A este propósito queremos recoger aquí la admiración ingenua de la socialista Angélica Balabanoff, que sintió herida la imaginación por «la situación paradójica de que un Partido cuya idea determinante era difundir una concepción científico-objetiva de la Historia, terminó por imponer a toda la población las concepciones subjetivas de un líder».

A la pseudodemocracia liberal, personalizada en izquierdas, derechas o centros, no les aplicaremos el bisturí revolucionario. Simplemente, la arrumbaremos en el rincón destinado a la vestimenta inservible de las viejas farsas.

Biblioteca Nacional de España

«El liberalismo y el socialismo, o sea el individualismo económico y la lucha de clases, no conducen más que al hambre y a la ruina. Hay que procurar a la Italia rural condiciones de vida humana, reduciendo al mínimo las causas de destrucción sistemática de la Patria.» «La economía corporativa respeta el principio de la propiedad privada, complemento del principio de la personalidad humana, y que es, a la vez, un derecho y un deber. Asimismo respeta la iniciativa individual.» (Mussolini). Y, como el líder italiano, rechazamos el tópico vetusto del parlamentarismo, de las libertades públicas, de la gobernación del pueblo por el pueblo, tópico que hace a la suma de las voluntades individuales capaz de irrumpir en las esferas particulares y características. «El individuo no debe ser considerado como fin supremo de la sociedad» (Mussolini), si bien sólo para la *felicidad del individuo* se considera fin supremo a la comunidad, según proclama frecuentemente J. A. Primo de Rivera.

Sobre esos ejes doctrinales han de girar las ruedas de la revolución nacionalsindicalista. Veamos ahora nuestros medios, nuestros valores, nuestros odios y nuestra táctica.

Biblioteca Nacional de España

La aristocracia de sangre. El señoritismo.

Ante todo debemos explicar por qué, considerando inseparable de nuestra construcción social y estatal el principio de jerarquía, repudiamos, no obstante, el sentido de la incondicional selección aristocrática de sangre. A la pregunta dialéctica que nos hacemos acude una contestación inmediata: rechazamos la selección aristocrática de sangre, incondicionada, precisamente porque propugnamos la selección. La selección de alcurnia hereditaria es una selección a la inversa, si no se condiciona por el esfuerzo personal.

La aristocracia originaria impuso la autoridad social de lo que eran sus creadores: la autoridad de los «aristi», de los mejores. El esfuerzo propio creaba un patriciado natural, que era la consecuencia del esfuerzo mismo. El pueblo consagraba con su admiración y con una tendencia natural a dejarse conducir, los brillantes hechos de los esforzados que sin darse cuenta creaban

Biblioteca Nacional de España

alrededor de su persona una como atracción magnética. Así resultaban capitanes de opinión y a sí mismos se debían la autoridad social que el pueblo les atribuía. La autoridad lleva siempre consigo una responsabilidad e impone el respeto a sí mismo. De ahí la necesidad en que se veía el aristócrata de ganar cada día y cada minuto la aristocracia, que cobraba un sentido dinámico y de «nobleza». El aristócrata se había hecho «conocer» (nobilis) y esto fijaba en su persona las miradas de la sociedad. Perdía de vida privada tanto cuanto ganaba en vida pública, en autoridad de «aristos». Y su vida estaba de ese modo puesta siempre a cosas más altas. Al hacerse «nobilis» había renunciado a la paz consigo mismo. Su vida se había hecho esencialmente dramática y ascética (en perpetuo askesis o entrenamiento). No es casual que los retratos auténticos de los fundadores de linajes nos causen la impresión de «atormentados», y que en la Edad Media, cantera de esos fundadores, fuera el bufón un mueble indispensable en las casas nobles. Al bufón le estaba permitido ser impertinente, porque sólo el choque de la impertinencia podía distraer un momento de su grave «askesis» interior al aristócrata, cuyas responsabilidades, voluntariamente contraídas y por eso de más alta alcurnia, daban a toda su persona un tinte de preocupación profunda. Así resaltaban más la gravedad del señor y la comicidad impertinente del bufón, sin riesgo para el respeto. La per-

Biblioteca Nacional de España

sonalidad equívoca del falso aristócrata, del heredero del aristócrata, del señorito, en una palabra, no hubiera resistido el choque de la primera bufonada. Y por eso en las casas de los herederos de los nobles llegaron a ser insoportables los bufones. Y al desaparecer la aristocracia fundada en el propio esfuerzo, desapareció también la institución que se había creado en los castillos y que murió al hacerse inútiles los castillos vacíos ya de todo sentido ascético. La vida, degenerada, de los castillos, se trasladó a los salones cortesanos; y los bufones fueron sustituídos por poetas amaestrados.

Con los fundos y las posesiones no podía transmitirse al heredero el sentido del esfuerzo y el dramatismo de la vida. Por eso fué un error fundamental la transmisión de los títulos nobiliarios. El pueblo naturalmente perdió el respeto a las jerarquías sociales que se fundaban exclusivamente en los hechos lejanos de unos antepasados. El noble empezó a vivir la tragedia del no ser «uno mismo»; el noble era el antepasado sin la personalidad creadora que a éste atraía la admiración de los contemporáneos convirtiéndolo en caudillo; y como el antepasado no tenía tiempo para trabajar, ocupado en ejercer su don de mando, el heredero creyó hacerse digno de la estirpe renunciando en absoluto al trabajo; pero, careciendo del don de mando, quedó reducido al papel de señorito sin ocupación. Ahora bien: las socie-

Biblioteca Nacional de España

dades modernas, aun las liberales democráticas, han creado para los señoritos sin ocupación un registro de vagos y maleantes.

Los reyes constitucionales, que no tenían por qué saber reinar (ciencia que no se adquiere por aprendizaje), y tampoco gobernaban, eran los más desocupados de los señoritos. Si Alfonso XIII hubiera impuesto para ejercerla por sí mismo la dictadura, la Historia le habría exculpado y, desde cierto punto de vista, justificado: porque habría roto la tradición de los señoritos herederos; pero al facilitar la dictadura de otro, no hizo sino un gesto más (el gesto caprichoso) del niño mimado, del heredero señorito: si se quiere, una calaverada más de las que suelen cometer los señoritos sin ocupación. El quedó condenado; y el otro justificado.

A esto ha venido a parar la aristocracia de sangre: al señorito heredero, incapaz de poner la vida a una constante superación. Las masas no sometidas a la disciplina inteligente de las Corporaciones, tienen también todos los defectos y toda la intrascendencia social de los señoritos herederos, según ha estudiado y visto con agudísima visión Don José Ortega y Gasset. La democracia liberal individualista ha elaborado por millones los señoritos herederos que la aristocracia de sangre ha fabricado por millares.

Naturalmente, nosotros no podemos considerar categoría jerarquizable al señorito heredero sin voluntad de

Biblioteca Nacional de España

autosuperación ni, por consiguiente, al que se limita a ser aristócrata de sangre. Para nosotros, la nobleza se conquista pero no se hereda, a no ser que la herencia sea confirmada por el esfuerzo del heredero.

¿De dónde, pues, sacaremos nuestras élites para nutrir y renovar nuestros cuadros de mando?

Biblioteca Nacional de España

Las élites del nacionalsindicalismo. – Sindicatos y milicias.

Nuestras élites han de salir de los sindicatos y de las milicias. En la organización jerárquica y formación de élites, el Estado tiene mucho que admirar en la organización militar y en la Iglesia Católica.

No nos atrae la selección determinada por la lucha de intereses obreros y patronales. Queremos corazones inflamados por el amor a la Patria, pero no por el odio que engendra la guerra de clases. En nuestros sindicatos de productores, han de sobresalir técnicos y capitanes de industria, que bastarán para ir formando los cuadros de nuestras élites en lo económico. La milicia falangista, obligatoria para toda la juventud, que ciertamente no dará sentido de penoso deber a lo que busca como un derecho y un honor, formará el hábito de disciplina, consubstancial con la ordenación jerárquica, y desarrollará, al lado de los sindicatos, la iniciativa individual, encauzándola al bien de la comunidad.

El hecho de ser nacionalsindicalistas no nos inclina

Biblioteca Nacional de España

preferentemente a los obreros o a los patronos. El nacionalsindicalismo, repetimos, es un Estado de composición sindical, y la verticalidad de nuestra composición nos coloca en condiciones de atender por igual a obreros y patronos, y de estimularlos con la atribución de funciones y mandos. Y consideramos tan necesario al que trabaja con el cerebro como al que principalmente se vale de las manos.

«Nos sentimos hermanos en espíritu de todos los que trabajan; pero no hacemos distinciones absurdas, y no ponemos en el primer plano los callos, ni aun los del cerebelo. No erigimos sobre los altares la nueva divinidad del trabajo manual. Para nosotros, todos trabajan, desde el labrador, el minero o el marino, hasta el artista, el arqueólogo, el exégeta, el jurista o el astrónomo que en su observatorio sigue la marcha de las estrellas. Trabajadores son cuantos acrecientan el patrimonio de los bienes económicos, estéticos, intelectuales y morales del género humano.» (Mussolini.)

Hemos visto que en nuestro sistema de creación de élites se concede gran importancia a la disciplina. El hombre que no acepta la disciplina, por mucho que sea su valer personal, para nuestro sistema no vale nada. Precisamente la anarquía individualista que supone la democracia liberal hace a ésta odiosa, disgregadora y antipatriótica. Quien no es disciplinado no acepta instancias superiores, es alma plebeya, hombre masa y

Biblioteca Nacional de España

vida infecunda. No puede tener cabida en un movimiento militante con moral de señores, que es, ante todo, sumisión a la norma y a las categorías jerárquicas. Y si en alguna sociedad es indispensable imponer la disciplina, esa es la sociedad española. Aquí todo el mundo viene acostumbrado a hacer lo que le da la gana, a imponer su capricho como ley, que fatalmente ha de encontrarse con otro capricho fronterizo provocando el choque, sembrando el odio y amurallando más y más y dividiendo unas de otras las individualidades y las clases.

El solo intento de sindicar esos pequeños reinos que son las individualidades, y el programa de sindicatos verticales, ya es una empresa egregia en esta sociedad de anarquismos infinitos. Parece que en España se pronuncian decisivamente las virtudes y los vicios de la cultura latina. Y Tasso vió claro hace muchas centurias: el mal latino es la indisciplina: «... *virtu latina, cui nulla manca o sol la disciplina.*» (Tasso, citado por Hermann Heller). Fernando el Católico declaró también que para hacer grandes cosas con los pueblos españoles era ante todo necesario meterlos en cauce de unión y obediencia. No es, pues, extraño que para nosotros sea esta virtud una de las piedras maestras vivas, primero para hacer la revolución, y luego y siempre para construir el Estado y lanzarlo a la realización de nuestro destino imperial.

Biblioteca Nacional de España

Nuestra táctica.

Para nosotros, la vida es milicia y la Patria es agonía, esto es, conducta de combate y esfuerzo heroico cual si en cada minuto se librara la última batalla *pro aris et focis*.

Nuestra verdad no es sólo intelectual; confúndese con la fe y baña sus raíces en las corrientes del corazón. Y esta verdad es naturalmente proselitista y persigue con verdadero celo rabioso el alma de las multitudes. ¿Cómo podríamos condenar la violencia si la violencia ruge en las entrañas de todo entusiasmo? Sólo la disciplina, que es atributo de nuestro principio de jerarquía, puede reprimir nuestras ansias combativas. Por eso sentimos cierta simpatía para los marxistas que nos provocan y abren así una compuerta al espíritu batallador de nuestras filas. En el orden de la defensa, nos convertimos siempre de agredidos en agresores y superamos la ley del Talión. Solidarizamos al individuo con la agrupación; y aunque repug-

Biblioteca Nacional de España

nándonos la lucha atómica, la caída de cada uno de los nuestros trae nuestra reacción violenta contra la agrupación asesina.

El democratismo liberal ha envenenado la vitalidad de otras juventudes, y sentimos verdadera lástima por esos buenos muchachos de otras organizaciones, que enseñan la espalda a los agresores marxistas. A diez mil japistas pueden impedirles una concentración doscientos socialistas; pero diez mil socialistas no pueden impedir un acto a doscientos muchachos de F. E. J. O. N. S. Apenas nacido el movimiento, ya les dimos una dura lección en Valladolid enseñándoles que nosotros contestamos al plomo con el plomo. Y es que no sólo no tememos, sino que ambicionamos tener víctimas para poblar de héroes nuestro cielo. Sabemos que los mártires hacen a la fe, más bien que la fe a los mártires, y que nuestra sangre ha de fecundar el campo si se ha de recoger una buena cosecha de ideales.

Pero nuestra violencia es inteligente y está siempre al servicio de la disciplina. ¡Ay de la democracia liberal y de la democracia social el día que desde la cumbre de nuestras jerarquías se oprima el resorte que levante todas las compuertas disciplinarias de nuestro espíritu de agresión!

No negamos la influencia de Sorel en este culto de la violencia inteligente y en este apetito de combate que llevan dentro nuestras juventudes. Como él *(Re-*

Biblioteca Nacional de España

flexions sur la violence, de George Sorel—acotaciones de Heller) «aborrecemos y despreciamos el optimismo político. No fundamos nuestras esperanzas ni en la razón humana ni en la razón en la Historia y, por consiguiente, tampoco en el curso causal de los procesos de acumulación capitalista y miseria proletaria. Sólo confiamos en la libre creación del combatiente que posee la convicción moral y el entusiasmo de los mitos, en la violencia ejercida por los pesimistas heroicos».

Nuestras juventudes tienen, pues, como él, el conconcepto trágico de la Historia y el sentido heroico de la vida. Pero nuestro sentimiento patriótico ha superado, como por inspiración de nuestros dioses tutelares, la ideología sociológica restringida de Sorel, con quien coinciden nuestras ambiciones heroicas de aplicación de la violencia para el triunfo de nuestro afán patriótico. Ya hemos dicho cómo nos preocupa la formación de élites y anunciamos ya una meditación sobre el ejército y sobre la Iglesia Católica, que despierta toda nuestra admiración, como despierta la de Sorel.

Biblioteca Nacional de España

El gran problema del agro español.

La justicia en el fondo, y la revolución en el procedimiento. Sobre estos dos supuestos fundamentales, ha de alzarse la reforma agraria. Y tanto derechas como izquierdas olvidaron en sus proyectos alguno de los supuestos.

Pero nadie mejor que el Jefe Nacional de Falange puede explicarnos las causas del fracaso de la reforma, y apuntar las líneas generales de la misma para ser «económica» y «justa».

He aquí textualmente la expresión de su pensamiento en el discurso pronunciado en el Parlamento en la sesión del 23 de julio de 1935:

«La reforma agraria española ha de tener dos partes, y si no, no será más que un remedio parcial y probablemente un empeoramiento de las cosas. En primer lugar, exige una reorganización económica del suelo español. El suelo español no es todo habitable, ni mu-

Biblioteca Nacional de España

chísimo menos; el suelo español no es todo cultivable. Hay territorios inmensos del suelo español donde lo mismo el ser colono que el ser propietario pequeño, equivale a perpetuar una miseria de la que ni los padres, ni los hijos, ni los nietos se verán redimidos nunca. Hay tierras absolutamente pobres en las que el esfuerzo ininterrumpido de generación tras generación no puede sacar más que cuatro o cinco semillas por una. El tener clavados en esas tierras a los habitantes de España es condenarlos para siempre a una miseria que se extenderá a sus descendientes hasta la décima generación.

Hay que empezar en España por designar cuáles son las áreas habitables del territorio nacional. Estas áreas habitables constituyen una parte que tal vez no exceda de la cuarta de ese territorio; y dentro de estas áreas habitables hay que volver a perfilar las unidades de cultivo. No es cuestión de latifundios, ni de minifundios; es cuestión de unidades económicas de cultivo. Hay sitios donde el latifundio es indispensable—el latifundio, no el latifundista, que éste es otra cosa—, porque sólo el gran cultivo puede compensar los grandes gastos que se requieren para que el cultivo sea bueno. Hay sitios donde el minifundio es una unidad estimable de cultivo; hay sitios donde el minifundio es una unidad desastrosa. De manera que la segunda operación, después de determinar el área habitable y cultivable de España, consiste, dentro de esa área, en establecer cuáles son las unidades económicas de cultivo. Y establecidas el área habitable y cultivable y la unidad económica de cultivo, hay que instalar resueltamente a la población de España sobre esa área habitable y cul-

Biblioteca Nacional de España

tivable, hay que instalarla resueltamente y hay que instalarla—ya está aquí la palabra, que digo sin el menor dejo demagógico, sino por la razón técnica que vais a escuchar en seguida—revolucionariamente. Hay que hacerlo revolucionariamente porque, sin duda, queramos o no queramos, la propiedad territorial, el derecho de propiedad sobre la tierra sufre en este momento ante la conciencia jurídica de nuestra época una subestimación. Esto podrá dolernos o no dolernos, pero es un fenómeno que se produce de tiempo en tiempo ante toda suerte de títulos jurídicos. En este momento la conciencia jurídica del mundo no se inclina con el mismo respeto de hace cien años ante la propiedad territorial.

Me diréis que por qué le va a tocar a la propiedad territorial y no a la propiedad bancaria—a la que le va a llegar su turno en seguida—; que por qué no le va a tocar a la propiedad urbana, a la propiedad industrial. Yo no soy el que lleva la batuta del mundo. *(El señor Oriol de la Puerta:* La propiedad bancaria será la causante de eso.) Esa es la que vendrá en seguida. Pero yo no llevo la batuta del mundo. En este instante la que está sometida a esa subestimación jurídica ante la conciencia del mundo es la propiedad territorial, y cuando esto ocurre, queramos o no queramos, en el momento en que se opera con este título jurídico subestimado, hay que proceder a una amputación económica cuando se quiere cambiar de titular. Esto ha ocurrido en la Historia constantemente; el Sr. Sánchez Albornoz, con mucha más autoridad que yo, lo decía. Hay un ejemplo más reciente que los que ha referido el Sr. Sánchez Albornoz: es el de la esclavitud. Nuestros mismos abuelos, y tal vez los padres de alguno de

Biblioteca Nacional de España

nosotros, tuvieron esclavos. Constituían un valor patrimonial. El que tenía esclavos, o los había comprado o se los habían adjudicado en la hijuela compensándolos con otros bienes adjudicados a los otros herederos. Sin embargo, hubo un instante en que la conciencia jurídica del mundo subestimó este valor, negó el respeto a este género de título jurídico y abolió la esclavitud, perjudicando patrimonialmente a aquellos que tenían esclavos, los cuales tuvieron que rendirse ante la exigencia de un nuevo estado jurídico.

Pero es que, además de este fundamento jurídico de la necesidad de operar la reforma agraria revolucionariamente, hay un fundamente económico, que somos hipócritas si queremos ocultar. En este proyecto del Sr. Ministro de Agricultura se dice que la propiedad será pagada a su precio justo de tasación y se añade que no se podrán dedicar más que 50 millones de pesetas al año a estas operaciones de reforma agraria. ¿Qué hace falta para reinstalar a la población española sobre el suelo español? ¿Ocho millones de hectáreas, diez millones de hectáreas? Pues esto, en números redondos, vale unos 8.000 millones de pesetas; a 50 millones al año, tardaremos ciento sesenta años en hacer la reforma agraria. Si decimos esto a los campesinos, tendrán razón para contestar que nos burlamos de ellos. No se pueden emplear ciento sesenta años para hacer la reforma agraria; es preciso hacerla antes, más de prisa, urgentemente, apremiantemente, y por eso hay que hacerla, aunque el golpe les coja y sea un poco injusto, a los propietarios terratenientes actuales; hay que hacerla subestimando el valor económico como se ha subestimado el valor jurídico.

Biblioteca Nacional de España

Vuestra revolución del año 31 pudo hacer y debió hacer todas estas cosas. *(Asentimiento.)* Vuestra revolución en vez de hacerlo pronto y en vez de hacerlo así, lo hizo a destiempo y lo hizo mal. Lo hizo con una ley de Reforma agraria que tiene, por lo menos, estos dos inconvenientes: un inconveniente, que en vez de querer buscar las unidades económicas de cultivo y adaptar a esas unidades económicas las formas más adecuadas de explotación, que serían, probablemente, la explotación familiar en el minifundio regable y la explotación sindical en el latifundio de secano (ya veis cómo estamos de acuerdo en que es necesario el latifundio, pero no el latifundista), en vez de esto, la ley fué a quedarse en una situación interina de tipo colectivo que no mejoraba la suerte humana del labrador y, en cambio, probablemente le encerraba para siempre en una burocracia pesada.

Eso hicisteis e hicisteis otra cosa: hicisteis aquello que da más argumentos a los enemigos de la ley Agraria del año 32: la expropiación sin indemnización de los grandes de España. No todos los grandes de España están tan faltos de servicios a la patria, Sr. Sánchez Albornoz. *(El Sr. Sánchez Albornoz:* Lo he reconocido.) Tiene razón el Sr. Sánchez Albornoz, pero repare además en esto: lo que era preciso haber escudriñado no es la condición genealógica... *(El Sr. Sánchez Albornoz:* Estamos de acuerdo y he presentado una enmienda.), sino la licitud de los títulos, y por eso había en la ley un precepto que nadie puede reputar de injusto, que era el de los señoríos jurisdiccionales. Yo celebro que el Sr. Sánchez Albornoz haya explicado, mucho mejor que yo, la transmutación que se ha opera-

Biblioteca Nacional de España

do con los señoríos jurisdiccionales. Traía apuntado en mis notas lo necesario para decirlo. Los señoríos jurisdiccionales, por una obra casi de prestidigitación jurídica, se transformaron en señoríos territoriales; es decir, trocaron su naturaleza de títulos de derecho público en títulos de derecho privado, patrimonial. Naturalmente, esto no era respetable; pero no era respetable en manos de los grandes de España, como no era respetable en otras manos cualesquiera. En cambio fuisteis a tomar una designación genealógica y a fijaros en el nombre que tenían derecho a ostentar ciertas familias e incluisteis junto a algunos que tenían viejos señoríos territoriales a algunos de creación reciente, a algunos que paradójicamente habían sido elevados a la grandeza de España precisamente por sus grandes dotes de cultivadores de fincas.

No era buena, por esas cosas, la ley del año 32; pero esta que vosotros *(Dirigiéndose a la Comisión)* traéis ahora no se ha traído jamás en ningún régimen; y si queréis repasar en vuestra memoria lo que hizo la Monarquía francesa restaurada después de la Revolución, veréis que no llegó ni mucho menos en sus proyectos reaccionarios a lo que queréis llegar vosotros ahora, porque vosotros queréis borrar todos los efectos de la reforma agraria y queréis establecer la norma fantástica de que se pague el precio exacto de las tierras, pero con todas estas características: justiprecio en juicio contradictorio, pago al contado, pago en metálico, y si no es en metálico en Deuda pública de la corriente, de esta que va a crear el Sr. Chapaprieta dentro de unos días, no ya pagando el valor nominal de las fincas en valor nominal de títulos, sino al de co-

Biblioteca Nacional de España

tización, lo cual equivale a otro aumento del 20 por 100 de sobreprecio aproximadamente, y después con una facultad de disponer libremente de los títulos que se obtengan. Comprenderéis que así es un encanto hacer una ley de Reforma agraria; en cuanto se compre la totalidad del suelo español y se reparta, la ley es una delicia; pero esto termina en una de estas dos cosas: o la ley de Reforma agraria, como dije antes, es una burla que se aplaza por ciento sesenta años, porque se va haciendo por dosis de 50 millones, y entonces no sirve para nada, o de una vez se compra toda la tierra de España, y como la economía no admite milagros, el papel, que representa un valor que solamente habéis trasladado de unas manos a otras, deja de tener valor, a menos que hayáis descubierto la virtud de hacer con la economía el milagro divino de los panes y de los peces.

Esto es lo que tenía preparado para dicho en un turno de totalidad a vuestro proyecto. Vosotros pensadlo. Este proyecto se mantendrá en pie naturalmente hasta la próxima represalia, hasta el próximo movimiento de represalia. Vosotros, que sois todavía los continuadores de una revolución, aunque esto vaya sonando cada día un poco más raro, habéis tenido que hacer frente a dos revoluciones y no más que hoy nos habéis anunciado una tercera. Cuando está en perspectiva una tercera revolución, ¿creéis que va a detenerla, que es buena política la vuestra para detenerla haciendo la afirmación más terrible de arriscamiento quiritario que ha pasado jamás por ninguna Cámara del mundo? Hacedlo. Cuando venga la próxima revolución ya lo recordaremos todos, y probablemente saldrán perdiendo los que tengan la culpa y los que no tengan la culpa. *(Muy bien.)*

Biblioteca Nacional de España

RECTIFICACION DEL MISMO

«El Sr. Alcalá Espinosa ha tenido la amabilidad de decir que mis puntos de vista acerca de la Reforma agraria eran pintorescos, y eran pintorescos, a juicio del Sr. Alcalá Espinosa *(El Sr. Alcalá Espinosa:* No lo tome a mal S. S.), porque para llevar a cabo una Reforma agraria reclamaba la previa delimitación del área habitable y cultivable del suelo español. Si el Sr. Alcalá Espinosa hubiese prestado la atención que he prestado yo al discurso del Sr. Florensa, encontraría la contestación a ese juicio suyo en varios pasajes del discurso del Sr. Florensa, muy fértiles en enseñanzas *(El Sr. Alcalá Espinosa:* ¿Me permite S. S.? Es que S. S. se contradice al pedir con urgencia una reforma agraria y al propio tiempo lo otro. Por lo demás, ¿qué duda tiene?).

Yo rogaría al Sr. Alcalá Espinosa que pusiera en relación algunos pasajes de ese discurso con que nos ha deleitado y aleccionado a todos el Sr. Florensa. El señor Florensa ha hecho un discurso magnífico; con esa capacidad de expresión en castellano que sólo saben alcanzar los catalanes inteligentes, y en ese magnífico discurso que yo hubiera aplaudido con fervor si hubiera podido separar la admiración literaria de la coincidencia política, en ese magnífico discurso nos dijo, entre otras, estas dos cosas extremadamente interesantes: nos dijo con tal fuerza expresiva que hizo pasar ante nuestras mentes incluso el espectáculo físico de lo que describía, que en la cuenca del Ebro hay tierras feraces, extensas tierras feraces, yermas por falta de bra-

Biblioteca Nacional de España

zos que las cultiven, y en otro pasaje, que una de las primeras cosas que hay que hacer antes que una Reforma agraria es revalorizar los productos agrícolas.

Yo, que estoy dispuesto a admitir en economía agraria todas las lecciones del Sr. Florensa *(El Sr. Florensa:* No puedo darle ninguna.) le preguntaría: ¿No atribuye en mucho el Sr. Florensa la depreciación de los productos agrícolas al hecho de que se destinen a su producción tierras estériles o casi estériles? *(El Sr. Florensa:* Sí.) ¿No es en grandísima parte culpa de que nuestros trigos cuesten a 48, 49 ó 50 pesetas el quintal el que se dediquen a producirlos tierras que nunca debieran dedicarse a eso? *(El Sr. Florensa:* Absolutamente de acuerdo.) Pues si hay tierras feraces sin brazos que las cultiven y tierras dedicadas a cultivos absurdos, en una ambiciosa, profunda, total y fecunda Reforma agraria habría que empezar por trazar el área cultivable y habitable de la Península española. *(El Sr. Alcalá Espinosa:* Yo no me opongo a eso; pero es que estamos hablando aquí de recortar la propiedad y del inventario.) A esta primera operación, que ahora se encuentra respaldada no menos que por la autoridad del Sr. Florensa, le llamaba, con risueña fecundia, el Sr. Alcalá Espinosa literatura pintoresca.

Esta es la primera operación. Y la segunda operación es la de instalar de nuevo sobre las tierras habitables y cultivables a la población española. Decía el Sr. Alcalá Espinosa: el Sr. Primo de Rivera pide que esto se haga mediante una terrible revolución. ¿Por qué terrible? Mediante una revolución. Ahora bien; en esta palabra revolución, que es perfectamente congruente con mi posición nacionalsindicalista, que todos tenéis la ama-

Biblioteca Nacional de España

bilidad de conocer—posición que no sé por qué amable licencia situó el Sr. Sánchez Albornoz a la derecha de la política española—, en este concepto de revolución, lo que yo envuelvo, no es el goce de ver por las calles el espectáculo del motín, de oír el retemblar de las ametralladoras ni de asistir al desmayo de las mujeres, no; yo no creo que ese espectáculo tenga especial atractivo para nadie; lo que envuelvo en el concepto de revolución, y así tuve el honor de explicarlo ayer ante la Cámara, es la atenuación de la reverencia que se tuvo a unas ciertas posiciones jurídicas; es decir, la actitud de respeto atenuado a unas ciertas posiciones jurídicas que hace cuarenta, cincuenta o sesenta años se estimaban intangibles.

El Sr. Florensa, con su admirable habilidad dialéctica, nos ha hecho la defensa del agricultor, la defensa del que se expone a todos los riesgos, a todas las pérdidas por enriquecer el campo; pero el Sr. Florensa sabe muy bien que una cosa es el empresario agricultor y otra el capitalista agrario. Estas son funciones muy diversas en la economía agraria y en todas, como puede verse, sin necesidad de más razonamientos, con una sencillísima consideración. El gerente de una explotación grande aplica una cantidad de experiencias, de conocimientos, de dotes de organización sin los cuales probablemente la explotación se resentiría; en tanto que si todos los capitalistas agrarios, que si todos los propietarios del campo decidieran un día inhibirse de su función, que consiste, lisa y llanamente, en cobrar los recibos, la economía del campo no se resentiría ni poco ni mucho; las tierras producirían exactamente lo mismo; esto es indudable.

Biblioteca Nacional de España

Pues bien; si todavía en esta revisión de valores jurídicos que yo ayer constataba, no ha llegado la subestimación en grado tan fuerte al empresario agrícola, al gestor de explotaciones agrícolas, es indudable que por días va mereciendo menos reverencia ante el concepto jurídico de nuestro tiempo el simple capitalista del campo, es decir, aquel que por virtud de tener unos ciertos asientos en el Registro de la Propiedad puede exigir de sus contemporáneos, puede exigir de quien se encuentre respecto de él en una cierta relación de dependencia, una prestación periódica. Y este era el sentido de la ley de Reforma agraria del año 32 y el sentido de todas las leyes de Reforma agraria, y esto es así por una razón simplicísima: porque es que esta función indispensable del gerente, esta función que se retribuye y se respeta, está condicionada, como todas las funciones humanas, por una limitación física, y si puede discutirse si el gerente es necesario en una explotación de 500, de 600, de 2.000, de 4.000 hectáreas, es evidente que nadie está dotado de tal capacidad de organización, de tal acervo de experiencias y de conocimientos como para ser gerente de 80, 90, 100.000 hectáreas en territorios distintos. *(El Sr. Alcalá Espinosa:* Repare S. S. en que...) Déjeme hablar S. S. para que concluya mi argumentación. Y como, queramos o no queramos, cada día será más indispensable cumplir una función en el mundo para que el mundo nos respete, el que no cumpla ninguna función, el que simplemente goce de una posición jurídica privilegiada, tendrá que resignarse, tendremos que resignarnos, cada uno en lo que nos toque, a experimentar una subestimación y a sufrir merma en lo que pase de cierta

Biblioteca Nacional de España

medida en la cual podamos, evidentemente, cumplir una función económica; de ahí en adelante el exceso ha de ser objeto de una depreciación considerable.

Pero este es el fundamento de la ley de Reforma agraria del 32 y de todas las leyes de Reforma agraria. Esto es lo que traía a la Cámara, con una cierta ingenuidad, en el supuesto de que se pretendía reformar una ley defectuosa de Reforma agraria para hacer otra; es decir, creyendo que en el ánimo de la Cámara flotaba como primera decisión la de llevar a cabo una reforma agraria. Hoy me he convencido de que no, y tiene mucha razón el Sr. Alcalá Espinosa cuando me tacha de pintoresco. No se trata, ni en poco ni en mucho, de hacer una reforma agraria. Este proyecto que estamos discutiendo, en medio de todo su fárrago, de toda su abundancia, de todo su casuísmo, no envuelve más ni menos que un caso en que se permite al Estado la expropiación forzosa por causas de utilidad social. ¡Para este viaje no se necesitaban alforjas! Porque la declaración de utilidad pública—y eso lo saben todos los abogados que forman parte de esta Cámara—es, incluso, una de las facultades discrecionales de la Administración, una de las facultades contra las cuales no se da el recurso contenciosoadministrativo; de manera que, realmente, con que para cada finca de esas que se van a incluir se hubiera dictado una disposición que la declarara de utilidad pública en cuanto al derecho a expropiarla, estábamos al otro lado y nos hubiéramos ahorrado todos los discursos.

Esta no es una reforma agraria; es la anulación de toda reforma agraria, de todo propósito de reforma agraria, y su sustitución por un caso más privilegiado

Biblioteca Nacional de España

que ninguno de expropiación forzosa por causa de utilidad pública o social; un caso especial de expropiación, en que va a retribuirse al expropiado sin consideración alguna a si la finca que se expropia sirve o no para la reforma agraria, porque no ha sido precedida de ninguna suerte de catálogo o de clasificación respecto a si era expropiable, cultivable y habitable.

Este es el problema, y yo ayer, después que tuvisteis la benevolencia de escucharme y el gusto de escuchar a los demás Sres. Diputados que hablaron en este mismo sentido, después que nos escuchasteis y nos felicitasteis en los pasillos con una efusión que no olvidaremos nunca, creí que nuestras razones os habían hecho algún efecto. Esta tarde he comprobado que no ha sido así. La ovación que habéis tributado al Sr. Florensa no era como aquella a que yo hubiera tenido el gusto de sumarme, de admiración a sus dotes oratorias, literarias, de inteligencia y de dialéctica; eran unos aplausos de total conformidad política. Y después, el espectáculo de vuestras risotadas, de vuestros gritos y de vuestras interrupciones, demuestra que no tenéis en poco ni en mucho la intención de hacernos caso a los que venimos con estas consideraciones prudentes.

Haced lo que os plazca, como ayer os dije. Si queréis anular la ley de Reforma agraria hacedlo bajo vuestra responsabilidad. Y ateneos a las consecuencias.

Biblioteca Nacional de España

La Iglesia Católica.

Un día entre los días descendió a la Historia el principio creador, que quiso edificar y edificó un Imperio sin fronteras para enlazar el mundo de los hombres con el mundo de los dioses. Se llamaba el Verbo, y el Verbo era nada menos que la Idea, y la Idea tenía un reino tan grande como el Imperio que iba a edificar. El reino de la Idea, el trono del Verbo, era nada menos que la Palabra.

Pero el mundo de los dioses no se regalaba ni siquiera al Verbo, rey de reyes por ser el rey de la Palabra, tan inmortal como el Verbo. El mundo de los dioses había que conquistarlo. Y El lo sabía y dijo: «El reino de los Cielos padece fuerza.»

Y decidió padecer, y padecer un martirio tan grandioso como el mundo que iba a conquistar, un martirio digno del Verbo. Y su martirio fué hacerse prisionero de la materia.

Y el Verbo se hizo carne.

Biblioteca Nacional de España

Unos brillantes cronistas concedieron a este terrible martirio metafísico unas pocas líneas, y se extendieron minuciosamente en otros hechos y otros dolores como la flagelación y la muerte en la cruz. ¡Como si pudiera haber para el Verbo, rey de la Palabra, un martirio más horrible que hacerse por un segundo prisionero de la carne!

Y la libertad aprisionada conquistó así el mundo de los dioses, e hizo su Imperio un universo de universos.

Y a su Imperio lo llamó Iglesia Católica, esto es, Iglesia Universal.

Pero había que ocupar aquellos territorios ultratelúricos que no tienen fronteras, y para esto convirtió su Imperio terrestre en una dilatadísima milicia permanente, que permanentemente habrá de padecer hambre y sed de justicia, esto es, de perfección. Y he ahí la perfectibilidad permanente, la autosuperación constante de la Iglesia Católica, de la milicia heroica cuyas campañas serán eternas e infinitas, como es eterno e infinito el mundo de los dioses que debe ocupar. El Verbo ilimitable adquirió el derecho de conquista aprisionándose, esto es, limitándose, y su Imperio, la Iglesia Católica, tiene que ocupar el eterno más allá padeciendo eterna hambre y sed de perfección, esto es, yendo eternamente en persecución de lo que sabe que es eternamente inasequible.

El Verbo impuso el sentido del límite a la victoria.

Biblioteca Nacional de España

No habrá vencedores que no sepan limitarse. Así suscitó la cooperación universal y creó las jerarquías. Y la Iglesia Católica, con afán de superación permanente e indeclinable hacia lo perfecto inasequible, vino a dar sentido trágico a la vida. Algunas veces, los hombres, agobiados por la «askesis» militar, buscan un momento de paz y vuelven los ojos al clasicismo pagano, armonía y orden perfecto, es decir, antitrágico. Son las épocas de renacimiento, pronto devoradas por el romanticismo, héroe suscitado por el genio de la Historia para empujar nuevamente a los hombres hacia las alturas sublimes donde moran los dioses, hacia el mundo sin fronteras que padece fuerza y exige milicia.

La Iglesia Católica está, pues, en permanente batallar y no puede ser el reino de los débiles. Por donde se descubre el error fundamental de Nietzsche y los escritores que giran en la órbita de Stefan George y Oswaldo Spengler, que consideran la democracia, el socialismo y la ética cristiana (si bien más la protestante que la católica) como una expresión de las épocas de decadencia, épocas de masas pobres y de débiles. El diagnóstico es irrefutable en cuanto a la democracia y al socialismo; pero falso y absurdo en cuanto a la Iglesia Católica, creadora, contra lo que supone el tópico vulgar, de la moral de los señores.

Siendo ante todo y sobre todo, milicia, la Iglesia Católica procedió a formar en organización corporativa

Biblioteca Nacional de España

los soldados y a ordenar las jerarquías de los cuadros de mando. Creó las comunidades de fieles y las congregaciones; puso a su frente jefes y oficiales; colocó arriba la élite, para mandar; abajo la masa, para obedecer. Y jefes y oficiales y masa engranados, clasificados y fortalecidos por una disciplina de que no hay otro ejemplo en la Historia. Y, además, los hace de acero con un específico que inventó al efecto: la fe ciega, maravillosa cualidad que hace también invencible a nuestra Falange.

La Iglesia está justificada en su uso, por la empresa de la conquista celeste; nosotros, por la exaltación de la Patria.

Esa admirable disciplina y esa ordenación jerárquica tan perfecta, en que todo está previsto, todo calculado y ajustado, constituyendo a la Iglesia Católica en una formidable potencia de conquista, arroba de admiración a George Sorel. A nosotros, también.

Pero estas jerarquías que vienen de arriba a abajo y esta superioridad de la élite, de la aristocracia *actuante,* no impide a la Iglesia Católica, como no nos impide a nosotros, asentar el sistema en una verdadera democracia, pero democracia orgánica incompatible con la soberanía del número, esto es, con la soberanía de la masa inepta.

Obsérvese que la Iglesia, como nosotros, tiene siempre abierta la puerta de la escalinata que conduce des-

Biblioteca Nacional de España

de la masa hasta la élite, pero abierta sólo para el esfuerzo de las capacidades. A los cuadros de mando sólo pueden ir, naturalmente, los que son dignos del ascenso por su capacidad y por su esfuerzo. Este es el sentido de la verdadera democracia; otra cosa sería el suicidio. Y ni la Iglesia Católica se puede suicidar, ni la Patria tampoco: porque tienen fines divinos cuya consecuencia o intento les han sido impuestos desde lo alto.

Pero, entiéndase bien: admiramos a la Iglesia Católica por su organización, su disciplina, su espíritu de milicia, su auténtica democracia y su sentido heroico de la vida. Esta admiración despierta nuestra simpatía, pero no somete nuestro Estado al imperio en que la Iglesia Católica consiste. Claro es que dos potencias tan ingentes y de tan afín concepción de la sociedad y de la vida han de vivir en armonía, fundada en el respeto mutuo y en la bien definida independencia. Nuestro ideal imperial no es incompatible con el ideal imperial de la Iglesia Católica; porque nuestro Estado se desenvuelve en el tiempo, mientras la Iglesia Católica se desenvuelve en la eternidad. Su fundador lo dijo: «Mi reino no es de este mundo.» Jamás, por otra parte, se pondrá el Estado nacionalsindicalista al servicio del proselitismo eclesiástico. Eso no puede hacerlo el Estado, precisamente por celo de su propia independencia y por respeto a la independencia de la Iglesia,

Biblioteca Nacional de España

a quien sobran armas, organización y temperamento para la conquista dramática, que es su propio fin y razón de su existencia. Lejos de repudiar la Religión, para nosotros no hay verdadero falangista en el hombre que no siente y cultiva la emoción religiosa: no se puede olvidar que somos un movimiento de místicos (los místicos de la acción nos han llamado) y que nos sería imposible sostener el *tempo* vital heroico sin el sedimento de fuego de lo religioso; pero otra cosa es la confesionalidad. Nuestro Estado cultiva el espíritu religioso en sus jerarquías; pero no puede tocar la cuestión de las confesiones, ni auxiliarlas ni perseguirlas mientras sus dogmas y su moral no sean contrarios a la existencia y a los fines imperiales del Estado nacional español.

Por eso estamos tan lejos del espíritu ateo-católico proclamado por *L'Action Française* de Charles Maurras como de la persecución a la Iglesia cristiana, que, según informan, ha desencadenado el nacionalsocialismo alemán, a causa, sin duda, del supuesto origen judaico de esas confesiones. Y aprovechamos esta oportunidad para proclamar que aborrecemos el neopaganismo por su carencia de sentido trágico, y proscribimos el racismo por su carencia de sindéresis. La raza española se formó en un crisol; y no podemos rebelarnos contra la naturaleza, que nos impuso esa compleja contextura interna.

Biblioteca Nacional de España

Las Autonomías.

No desconocemos la pluralidad española. Precisamente hemos enlazado el presente, y más aun el futuro, de nuestro movimiento, con un pasado muy anterior al que hasta hace poco extasiaba a los tradicionalistas. Para nosotros, ha dejado de vivir España desde Felipe III, y aún andamos forjando la llave que ha de abrir la cripta de El Escorial, en donde duerme el alma española. Fernando el Católico conocía bien la realidad de la pluralidad, y trató de superarla, no con la desintegración de su obra, sino con el sentido dramático que impuso a la Historia de España lanzándola por la ruta imperial.

Comprendemos que en el envilecido sistema político democrático liberal es indispensable la autonomía para el desarrollo de la vitalidad regional; ya que la masa numérica reacciona de modo harto diferente en cada una de las regiones, y los problemas vitales que debería resolver (y no resuelve) la democracia inorgánica

Biblioteca Nacional de España

tienen características diferenciales profundas. Pero en el Estado nacionalsindicalista, la autonomía política es innecesaria y, además, nociva. Los sindicatos conocen perfectamente los problemas de la industria y de la agricultura en cada región y en todo el conjunto de las regiones, y no es posible que en una nación regida por un Estado totalitario integrado por las corporaciones tengan vida esos fenómenos absurdos de las industrias artificiales y de la conversión de las actividades agrícolas en industrias ficticias; no es posible que un Estado totalitario y corporativo arroje los millones sobre una región u otra según la fuerza numérica que suponga el partido empeñado, para fines político-electorales, en trazar cauces que vayan directamente desde el Tesoro nacional a las provincias en que domine un partido de derechas o de izquierdas, mientras otras provincias, por el delito de no haber nutrido de diputados el partido que está de turno en el mando, pasan a la categoría peyorativa de provincias esclavas.

Las regiones con inquietudes de progreso y las regiones cenicientas, es humano que consideren la autonomía como el cordón sanitario que se establece en tiempos de epidemia. Porque eso es para todos los sectores de la vida nacional, el Estado liberaldemocrático: una epidemia, que dura ya demasiado tiempo. Pero el Estado corporativo y totalitario, precisamente por serlo, excluye la necesidad de la autonomía políti-

Biblioteca Nacional de España

ca, que en el Estado epidemia es de necesidad vital para las regiones. En cambio, para nosotros es un deber, no sólo el respeto, sino el auxilio entusiasta para las manifestaciones espirituales propias de cada región: porque su desarrollo redunda en provecho y gloria de la nación entera. Lo que jamás se le ocurrirá al Estado totalitario corporativo es responder, como un César frustrado de la Gobernación liberaldemocrática republicana, a la petición de una región: ¿Pero Galicia existe?

Por otra parte, la empresa de reconquista y la empresa dramática imperial, por sí solas bastan para alejar peligros secesionistas.

Biblioteca Nacional de España

América.–La emigración. Nuestra marina mercante.

La incapacidad de la pseudodemocracia liberal se encargó de provocar y no supo evitar la desmembración de nuestro Imperio colonial, como los reyes holgazanes de las dinastías extranjeras no supieron impedir la desintegración de nuestro Imperio europeo. América siguió el ejemplo de Nápoles y el Milanesado, de Flandes y Portugal.

La vergüenza de Gibraltar nos la trajeron querellas de Austrias y Borbones, y la mantiene la impotencia de la liberal democracia. Ese punto negro en el mapa de España bastaría para condenar a muerte a ese nefando sistema políticosocial.

Nos quedaba una posibilidad de conservar, por lo menos, nuestro imperio espiritual en el Nuevo Mundo.

Nuestro pueblo, que tiene de fino instinto político lo que a la democracia liberal le falta de inteligencia y voluntad, lanzó sobre América el río de sangre espa-

Biblioteca Nacional de España

ñola de la emigración. Ese era el único medio al alcance de los Gobiernos para amparar nuestra cultura y nuestro comercio en aquellas tierras que se perdieron por abulia, por afán de rapiña, por inepcia y por falta de sentido imperial. Pues no se protegió al emigrante, sino que oficialmente se lo explotó desde antes ya del embarque. Se crearon organismos para regular la explotación, y naturalmente se llenaron de enchufistas pagados con dinero extraído al emigrante o con el pretexto del emigrante. Se organizaron Juntas oficiales también en América, llamadas Juntas españolas de emigración consulares, y conozco algunas en que los funcionarios, pagados también por los mismos emigrantes, eran el detritus de la sociedad española, hasta funcionarios expulsados por malversación, del Cuerpo Consular.

No quiero hablar del Cuerpo diplomático y consular que pasó por América en plan de razzia, porque entre los mil negociantes hay dos o tres docenas de hombres probos y competentes, que no deben ir confundidos con aquéllos. En el Tribunal Supremo yace un expediente que se incoó al advenimiento de la República, y no hay ministro que se atreva a derivar de él las naturales consecuencias. Malversaciones, traición a la confianza de Estados extranjeros que confiaban a los Consulados los depósitos de los abintestatos, venta de viceconsulados... De todo hay en ese famoso expediente. Y mientras, veinte o treinta cónsules que «hicie-

Biblioteca Nacional de España

ron el idiota» (es frase de los aprovechados) sufren la vergüenza de la promiscuidad porque los señores ministros de Estado no quieren agitar el expediente.

Ahora bien: No queremos pecar de injustos, para no parecer apasionados. Es verdad que el Estado liberal-demócrata, monárquico o republicano, en lugar de protegerlo, explotó y explota al emigrante, que pudo ser la avanzada de nuestro Imperio espiritual en América; pero en cambio, todos los años, el 12 de octubre, hace brotar en una tribuna en cada capital de América un orador (abunda esta especie en la liberal democracia), que canta las glorias de la unidad hispanoamericana por la Religión, el Idioma y la Raza... Entretanto, a la misma hora, Inglaterra, Francia e Italia, desembarcan en la misma capital sus mercancías pretegidas por buenos tratados y transportadas en barcos ingleses, franceses, italianos... a pesar de la Raza, el Idioma, etc.

La incapacidad congénita de la liberal democracia no sólo perdió el Imperio colonial y se dejó eliminar de los mercados americanos. Hay algo más grave aún. Dentro de muy pocos años desaparecerá del Atlántico la bandera española. Nuestra marina mercante muere por consunción. Ni siquiera puede tener el triste consuelo de hundirse gloriosamente como la escuadra de Cervera.

Hace pocas semanas, la Confederación Universal de Sociedades Gallegas, justamente alarmada en su pa-

Biblioteca Nacional de España

triotismo, elevó al Gobierno una ponencia con todos los puntos de vista técnico-mercantiles de un trabajo serio, meditado, y podría ser provechosísimo si el Gobierno no llevara dentro de sí la inepcia de todos los Gobiernos del sistema que padecemos.

Esta Sociedad, que nació por inspiración patriótica de D. Jesús Pérez de Cabo, Presidente del Centro Gallego de la Habana, no tiene color político ni en su seno puede tratarse cuestión alguna con el más leve matiz de ese orden; pero me imagino la desilusión de todas las Colonias Gallegas ante la tranquilidad con que el Gobierno liberaldemocráticoparlamentario contemplará a través de la ponencia la desaparición de nuestra marina mercante (1).

Falange Española tiene la visión de este problema y será una de sus empresas inmediatas el resolverlo con alteza de miras cuando haya expulsado del Poder a la pseudodemocracia.

Desde luego, adelantamos nuestro criterio en lo genérico de la cuestión. No podrá ser afirmado nuestro imperio espiritual sobre América mientras no sea un

---

(1) Escrito esto en el día de hoy, 4 de julio de 1933, acabo de leer la aprobación por la Comisión de Marina de un proyecto del Gobierno evidentemente inspirado en la ponencia de la C. U. S. G. Celebro que el Gobierno deje sin sentido mi reproche. Veremos ahora lo que hace el Parlamento liberaldemocrático.

Biblioteca Nacional de España

hecho nuestro imperio político en Europa. Los pueblos americanos saben, a pesar de su hiperestesia nacionalista, que la civilización occidental (es decir, la civilización de América) es europea o no es; que la técnica americana es la prolongación o la potenciación de la técnica europea; y que el día que Europa deje de veras de mandar en el mundo, el mundo se habrá quedado sin norte espiritual y retrocederá a la barbarie. Así, pues, el prestigio ante América se conquista en Europa. Cuando España imponga su personalidad al viejo continente, América sentirá el orgullo de su estirpe española.

Vean, pues, nuestros españoles de América, los que aman, viven y sufren en el Nuevo Mundo, si es importante para ellos y para nosotros el triunfo de Falange Española, que lleva en la cabeza y en las entrañas el afán y los medios de la plenitud de la idea imperial.

Biblioteca Nacional de España

La camaradería.–David y Jonatás.–Los camaradas de F. E. J. O. N. S.

Jonatás, hijo del Rey Saúl, amaba a David, hijo de pastores, con el amor desinteresado con que sólo saben amar los corazones valerosos. Propiamente, aquel afecto no era amor, sino amistad profunda y camaradería, esa noble pasión, amapola de los campos de batalla. David, inspirado tocador de arpa, disipaba las sombrías preocupaciones del rey fundador de un reino acosado por los filisteos; y para Jonatás, alma gemela de la suya, sabía despertar en el arpa las estrofas heroicas que un día cantaron a los hijos de Israel las palmeras del Egipto, los simunes del desierto y las olas de la mar bermeja. Y los dos camaradas, en los escasos días de paz, salían siempre juntos a cautivar corazones entre las vírgenes morenas de Sunam, y siempre juntos en la guerra, cautivaban a la victoria en las tierras de los enemigos de Judá. Y a la amistad de su camarada David,

Biblioteca Nacional de España

pospuso Jonatás el amor profundísimo que sentía por el rey su padre. Y ni el trono de su estirpe, ni la razón de Estado, ni el porvenir de su descendencia, pudieron apartar al príncipe de la amistad que con su sangre sellara en cien combates. Y cuando el príncipe intrépido en servicio de la Patria, cayó en brazos de la muerte que tantas veces ahuyentara de su camarada, David, el elegido de Jeovah, vistió de ceniza la cabeza, y toda la vida llevó la ceniza en el corazón.

Un día, las pasiones del Rey David despertaron la cólera de Jeovah, que discurrió castigos y asoló con la derrota el reino de David; pero su ira no quedó satisfecha con aquel castigo, el más fiero que se puede imponer a un guerrero, e hirió el corazón de David con el más terrible dolor que se puede imponer a un camarada: le impuso la longevidad, para que su alma tardara en reunirse con el alma de Jonatás.

Pasaron años, muchos años, y una tarde le fué anunciado al Rey David que esperaba su alma el alma de Jonatás a las puertas de Jerusalén.

David exultó con el anuncio, se rejuvenecieron sus miembros y en acción de gracias danzó durante tres días delante del Arca Santa.

Y todas las generaciones de Israel han visto las almas de David y Jonatás vagando juntas por las colinas de Judea y por los valles de Canaán.

Los muchachos de Falange, hijos predilectos del fu-

Biblioteca Nacional de España

turo Estado nacionalsindicalista, se sienten también unidos por la Religión de la camaradería militar; juntos sonríen al peligro que los acecha en cada esquina, y juntos esperan con ansia el día de derramar la sangre por la Patria.

¡Camaradas! Los muertos de Falange viven en la memoria y en el corazón de España, y os esperan y saludan con el ademán falangista en la región de la inmortalidad.

Biblioteca Nacional de España

El hecho cósmico de la guerra. El Ejército.

Está de moda condenar la guerra, y no nos parece mal esa moda. Lo que ya no nos parece bien, y aun nos parece rematadamente mal, es calificar peyorativamente a la humanidad, que no ha exterminado la guerra. El fenómeno guerrero es, por lo visto, la negación de la solidaridad humana y representa la quiebra de la civilización. Yo podría utilizar este recurso fácil con el que tantos éxitos han conseguido los oradores obreristas, para lanzarme a fondo contra la democracia en el corazón de las madres, las hermanas y las novias de esos millones de jovencitos en cuyos labios se unieron el último beso de la familia y el primer y último beso de la muerte. Porque lo cierto es que a vuelta de los mil y un discursos galvanizados por la libertad, la igualdad y la fraternidad, la democracia liberal se ha pasado la vida cantando estrofas de muerte con ametralladoras y bombas de mano lo mismo que cualquiera de los vulgarotes Imperios donde no ha florecido la oliva de la libertad democrática. Las fábricas de arma-

Biblioteca Nacional de España

mentos en gran escala están patrocinadas por los Estados que pasan por ser modelos de organización democrática, y la historia del siglo XIX, del siglo de la democracia liberal, es una crónica de pesadilla escrita con la sangre de los pueblos europeos y americanos.

Pero la honestidad intelectual no me permite declarar en quiebra la democracia por esta obligación impagada que contrajo con las madres en nombre de la fraternidad, etc.

La guerra es un fenómeno cósmico. Es la expresión natural de la fuerza, y la fuerza es el derecho natural de los pueblos. La vitalidad tiende a expandirse, y al encontrarse con el centro de resistencia de otra vitalidad «hermana» una de las dos ha de ser sometida. Ambas creen tener, y realmente tienen, el derecho de pervivencia y de expansión: si no lo creyeran, no serían vitalidad. Esperar que se sometan a un areópago de sabios sería tanto como esperar que el ciclón o el terremoto desaparezcan por orden ministerial.

La fuerza es radicalmente espiritual, porque es, ante todo, voluntad de vencer, y la voluntad es espíritu puro.

Observad los pueblos en decadencia y los veréis carentes de fe en su destino y, por tanto, de la voluntad de alcanzarlo, esto es, de la voluntad de triunfar. Vitalidad es, pues, fuerza; fuerza es voluntad de vencer, y voluntad de vencer es fe en el propio destino. Por eso

Biblioteca Nacional de España

nosotros cultivamos tanto la fe en el destino imperial de España; y aborrecemos tan hondamente a la democracia liberal, que es, en el mejor de los supuestos, la suma de voluntades autárquicas incapaces de creer en otro destino que el destino particular de cada individuo de la masa numérica.

La masa numérica no es un organismo, ni menos un organismo espiritual; y sin organismo espiritual no puede haber fe ni, por tanto, voluntad.

Ahora bien: el derecho no puede ser superior a la naturaleza. Una voluntad de vencer es incontrastable, y en sus banderas ondea la victoria. El pueblo que sufre una derrota integral no debe atribuirla a la fortuna. Es que su voluntad de vencer era de menos potencia que la voluntad de vencer del adversario. La voluntad de vencer recoge y concentra todas las energías de todos los órdenes de un pueblo, y éste se convierte en un laboratorio del triunfo. Ciencia, técnica, diplomacia, eugenesia, comprensión mutua, respeto, obediencia, jerarquía, todas las actividades y todas las actitudes y hasta todos los conceptos de la vida social, se polarizan en la preparación del triunfo, que adquiere para ese pueblo un carácter de fatalidad. Esa fe en la victoria es como la naturaleza de ese pueblo; de ella vive, de ella se alimenta y con ella y por ella palpita y respira. ¿Cómo es posible que esa máquina del espíritu se detenga ante la barrera de unas normas extrañas a su mís-

Biblioteca Nacional de España

tica, aunque se llamen derecho, razón o solidaridad internacional?

Esa máquina espiritual, esa vitalidad, esa fuerza, sería *contra naturam* que aceptase otro derecho que su propia realidad, que la fatalidad de su triunfo. A esa fatalidad o fe incontrastable, la Iglesia Católica la llama destino divino, y, efectivamente, esa fe inapelable en el origen divino de su destino dió a la Iglesia Católica el milagro de su triunfo sobre el Imperio más poderoso de la tierra.

Y si la vitalidad de un pueblo es el derecho único de ese pueblo en sus relaciones con los demás, claro es que la vitalidad, la voluntad de vencer, la fe en el triunfo, la fuerza, en una palabra, es el derecho.

Por eso la guerra es un fenómeno cósmico, igual que los ciclones o los terremotos; porque el espíritu no está fuera del cosmos.

Cuando las Constituyentes españolas declararon que España renuncia a la guerra, hicieron la magnífica declaración de que renuncia a vivir dentro del cosmos o de que con España no rezan los terremotos ni los ciclones. En el fondo, hicieron una confesión amarga: la de que España no tiene fe en su destino, ni fe en el triunfo, ni un átomo siquiera de vitalidad. Extendieron el acta de defunción del pueblo español. Afortunadamente aquellas Cortes, como todas las Cortes españolas a partir del fin del siglo XV, no representaban a

Biblioteca Nacional de España

España, sino a la oligarquía de caciques de la pseudodemocracia española. La representaban tanto, ni más ni menos, como los favoritos de los reyes de España encumbrados a partir de Felipe III. Así, pues, en puridad, el sentido esotérico de tal declaración es este otro: «La democracia liberal de España renuncia a la guerra, es decir, declara que ha muerto y que ha venido a certificarlo así con permiso del enterrador.»

El ejército es el mejor exponente de la vitalidad de un pueblo. Las actividades todas de la nación y, desde luego, la voluntad de vencer, de alcanzar su destino, se reflejan de tal modo en el instrumento guerrero, que basta conocer el estado de éste para conocer, sin más estudio, el grado de vitalidad de la nación.

Naturalmente, se pueden invertir los términos; y sin ser técnico, el observador que conozca el grado de vitalidad de la nación no tiene que esforzarse para dictaminar acerca del estado del ejército. La nación española, desvitalizada y atomizada por la pseudodemocracia liberal, desarticulada por la fuerza centrífuga de la incomprensión mutua y, sobre todo, de la ausencia de ideal nacional, empobrecida por la guerra de clases, envenenada por los rencores políticos revanchistas de izquierdas y derechas, y en el orden económico monstruosamente deformada por un ciego capitalismo, no puede tener un ejército floreciente o simplemente capaz de una defensa nacional medianamente seria...

Biblioteca Nacional de España

Y no ciertamente por ausencia de virtudes militares en los cuadros de mando, pues quizá sea el único organismo nacional con entusiasmo y capacidad profesional suficiente para intentar, ya que cumplir le es imposible, la función que le es propia. Asombra que todavía conserve el espíritu combativo, la disciplina y el estro heroico, a pesar de la estúpida declaración constitucional que declara periclitada su misión privativa. ¿No se dará cuenta el Estado de que la proscripción de la guerra y la conservación del ejército es una invitación a éste a la intromisión en la vida política y al pronunciamiento? Si se le arrebata la posibilidad de ejercer su función en el exterior, será natural que huya de la atrofia cumpliendo la función guerrera en el interior. La tenacidad con que resiste a esta poderosa tentación basta por sí sola para magnificarlo; pero el tono heroico no puede ser eterno. *Caveant Consules!*

Por otra parte, la deliciosa democracia liberal parece interesada en que el ejército trueque el uniforme por el sayal franciscano: tal es la pobreza con que atiende al armamento y el sentido de economía roñosa que pone en la dotación de material guerrero. Nuestro ejército, sépase bien, no tiene ni dinamita, ni tractores, ni excavadoras de trincheras, ni carros de asalto, ni tanques, ni gases, ni lanzagases; apenas tiene balas para unas horas de fuego; hay regimientos con dos batallones efectivos y los demás en el papel; no tiene siquiera

Biblioteca Nacional de España

auxiliares de oficinas, y los supuestos combatientes tienen que convertirse en amanuenses. En Africa jamás han podido entrar en fuego más de ochocientos hombres por cada unidad de mil cuarenta y cuatro. En las maniobras, los supuestos tácticos tienen que ser cubiertos por unidades supuestas, los tanques se hacen de cartón y los carros de asalto se mueven con precisión matemática en cuartillas de papel. El pundonor militar enrojece el rostro de nuestros oficiales cada vez que salen a maniobras. Y, no obstante, los jefes se ven precisados a ignorar oficialmente esta inmensa incapacidad del Estado democráticoliberal para la dotación del instrumento guerrero. No fueron pocos los incidentes cómico-trágicos de este estilo: El coronel X ordena a un oficial de ingenieros que repare el techo de una posición expuesta a todas las inclemencias. El oficial observa que le hacen falta veinte metros de chapa. Se le contesta que no hay nada de eso en los parques, pero que supla la falta con su entusiasmo militar y su proverbial capacidad. El joven oficial se queda estupefacto ante aquella lección que no estudió jamás en la Academia. Ensaya una y otra vez, y concluye al fin, desesperado, por decir al jefe: «Mi coronel: he puesto toda mi capacidad y todo mi entusiasmo encima de la posición; pero me permito opinar que ese techo de entusiasmo y capacidad no resistirá las primeras gotas de una lluvia.» (Rigurosamente histórico).

Biblioteca Nacional de España

El Estado nacionalsindicalista ve en el ejército el exponente de la vitalidad nacional y de la capacidad estatal y el instrumento imprescindible para la realización del ideal imperial, que debe ser norte del pueblo español. Nuestro movimiento es milicia, nuestra ordenación la jerarquía, nuestra ley la disciplina. La incalculable riqueza pública que acumularán los sindicatos productores, sin lucha de clases, motorizados por el ideal colectivo y fanatizados por la empresa patriótica, nos permitirá vitalizar y dotar al ejército a tal grado, que pueda colocarse al lado de los más potentes ejércitos de Europa. Nuestras juventudes deben ver desde ahora en jefes, oficiales, clases y soldados del ejército español a sus camaradas, pues a ellos los une la comunidad de ideal fervientemente patriótico.

Y con el ejército, y con todas las clases sociales corporativamente organizadas, y bajo el Gobierno inteligente de la élite, dispongámonos a realizar el lema que nos transmite proféticamente, a través de veinte siglos, el cantor del ideal imperial, Publio Virgilio Marón:

«*Tu, regere imperio populos, romane, memento;*
Tu, pacem imponere, et bello debelare supervos» (1).

---

(1) **«Ten presente, romano, que tu misión es: regir a los pueblos con tu poder imperial; imponer la paz y debelar con la guerra a los soberbios.»**

Biblioteca Nacional de España

INDICE

Páginas

PRÓLOGO 5
Prefacio 13
Advertencia 16
Génesis 17
Arriba 22
Razones críticas del movimiento.—La mentira radical de la democracia española y de todas las democracias liberales.—Izquierdas y derechas son pseudodemocráticas.—El falangismo es substancialmente democrático-orgánico 26
El «metalúrgico desconocido» 33
La acción directa 39
El individuo.—La libertad.—El anarquismo superado por el sindicalismo.—El sindicalismo superado por el nacionalsindicalismo de Falange 46
El Estado nacionalsindicalista.—El Estado es totalitario 52
Falange y la monarquía.—Falange y la revolución . . 63
El Imperio.—El alma de España.—Un secreto de Estado guardado trescientos años 76

Biblioteca Nacional de España

Páginas

El ocaso de los dioses.—Sólo Falange salvará la revolución. 86
La aristocracia de sangre.—El señoritismo. 92
Las élites del nacionalsindicalismo.—Sindicatos y milicias 97
Nuestra táctica. 100
El gran problema del agro español 103
La Iglesia Católica 116
Las Autonomías 122
América.—La emigración.—Nuestra marina mercante 125
La camaradería.—David y Jonatás.—Los camaradas de F. E. J. O. N. S. 130
El hecho cósmico de la guerra.—El ejército 133

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

50868053856O